AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTISTICA

Con páginas dedicadas al joven artista
Juan Gervasio Ferré Luparia

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€ Nº 19 julio 2010

ÍNDICE	AUTOR	pág
Presentación	Colectivo	2
Alternativas	Mercedes Rodríguez/Ariadna Robles	3
Temblando en esas pupilas…	Inma Méndez-Alféizar	4
Obdulia	Trinitario Rodríguez	5
Hoy hablamos de los ríos	Mª Rosario Mohinelo	7
El miedo	Francisco Alonso Ruiz	8
Puto TLP	Inma Méndez-Alféizar	9
La solterona	María Plana	10
Las estrellas seguirán	Miguel Ángel Pérez-Oca	11
Mi sombra	Julia Díaz Climent	12
El nombre maldito	Francisco Alonso Ruiz	13
El sueño no soñado	Airam Lebasi	14
Descubriendo la trama	Manuel Parra Pozuelo	15
En los amenos sotos de Auschwitz	Juan Vicedo	16
El primer peldaño	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	17
A Miguel Hernández	Lucía Espín	19
Fluyen las palabras	Paqui Herrera	20
Pura	Araceli Cuesta	21
Herido, siempre herido	Manuel Parra Pozuelo	22
La sinrazón	Trinitario Rodríguez	23
Relatos deshilvanados	Airam Lebasi	25
A Pedro Antón Fructuoso	Inma Méndez-Alféizar	27
El grito	Francisco Alonso Ruiz	28
En la distancia estás	Julia Díaz Climent	29
El regreso imposible	Carmen Navarro	30
Inexistente razón de luz desventurada	Francisco Pastor	30
Amor en descomposición	Cristina Ortega Morales	31
Impressions	Mercé Sanchiz Baell	32
La visita	Rafaela Lax Ortuño	34
A la memoria de Juan Gervasio Ferré Luparia	Su obra poética y pictórica	35
Hospicio para huérfanos	Agustín Conchilla Márquez	45
Los poetas somos agua	Trinitario Rodríguez	48
El porvenir del llanto	Francisco Alonso Ruiz	49
El color	Miguel Gutiérrez García	50
Los me acuerdo de…	Mati Bautista	51
Lo que viste sin tus ojos	Gonzalo Piera	53
Bajo la noche llora	Julia Díaz Climent	54
¡Vaya con la mierda!	Airam Lebasi	55
Si hubiera	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	56
Cervantes el letraherido	Mª Rosario Mohinelo	57
La Náusea	Manuel Valero Gómez	59
Con insomne cariño inextinguible	Manuel Parra Pozuelo	61
Y será…	Julia Díaz Climent	62
Visita semanal	Mª Rosario Mohinelo	64
Soneto a la gripe	Lucía Espín	65
Y en la compulsión de la luz…	Inma Méndez-Alféizar	65
Pueblos	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	66
Las Cortes en la mochila	Manuel Parra Pozuelo	69

PRESENTACIÓN

Tras haber superado el reto que supuso la edición de nuestra revista nº 18, un trabajo monográfico dedicado a Miguel Hernández, sobre el que hemos recibido numerosos elogios y felicitaciones, ha sido preciso continuar, con idéntico ánimo y entusiasmo, nos hemos volcado en la elaboración de la número 19, que encabeza esta presentación.

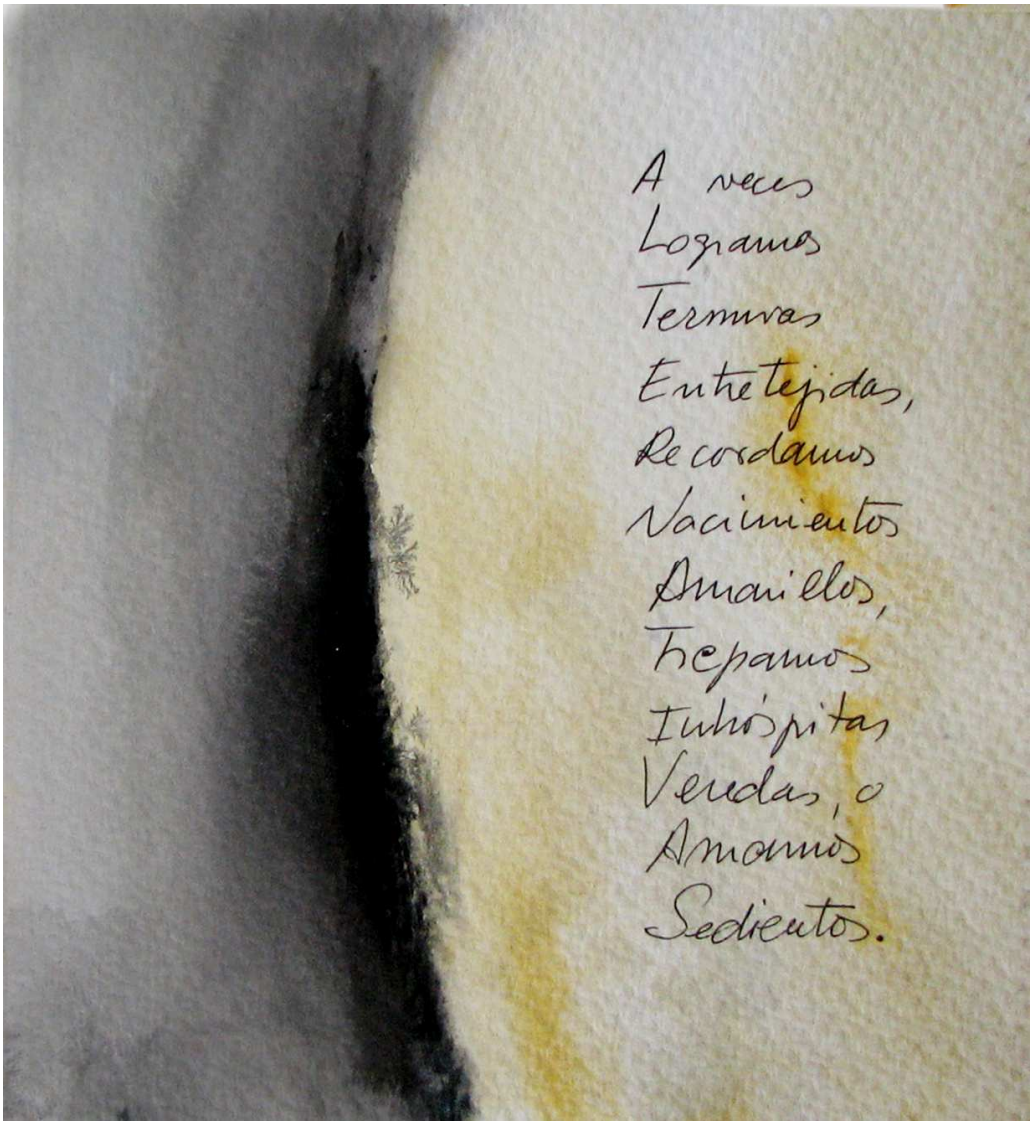
Hemos querido homenajear al joven artista, prematuramente fallecido, Juan Gervasio Ferré Luparia, cuya obra pictórica honra nuestra portada e ilumina algunos poemas, dedicándole las páginas centrales de nuestra revista, que se inician con el autorretrato de este artista, incansable buscador de la belleza. Le siguen unas notas biográficas que nos informan de su periplo vital, de sus estudios en la Facultad de Bellas Artes de San Carlos de Valencia y de la difusión de sus escritos y de sus creaciones plásticas. Los poemas y dibujos que incluimos en estas páginas tienen una calidad e intensidad expresivas que los hacen merecedores de las alabanzas más justificadas.

Además de los trabajos habituales de los socios de AUCA de las Letras, contamos con ilustraciones originales de Ariadna Robles; con un original y divertido relato de María Plana y un interesante poema de nuestro amigo, el astrónomo y escritor, Miguel Ángel Pérez Oca. Juan Vicedo aporta una emotiva visión de la tragedia a la que dio lugar la expansión del fascismo en la Europa del pasado siglo. En su poema Fluyen las palabras, Paqui Herrera nos habla de su íntimo y desgarrado sentimiento. Por su parte, Carmen Navarro, en una sorprendente e impresionista prosa, nos describe un fenómeno sobrenatural. Un escueto y emblemático poema de Francisco Pastor, nos ofrece una estampa lírica de su autor y Cristina Ortega Morales describe en sus versos los sutiles y destructivos efectos del amor.

Mercedes Sanchiz Baell nos aporta tres bellas composiciones escritas en catalán. Rafaela Lax Ortuño, en su poema La visita, nos invita a acompañarla a su definitiva morada. Agustín Conchilla Márquez nos relata un suceso acaecido a un pupilo del hospicio, sorprendido en una infantil travesura. Araceli Cuesta nos cuenta la venganza de una esposa. En un lumínico arco de colores, Miguel Gutiérrez García describe sus amorosos sentimiento. Mati Bautista, en un largo y bello poema evoca los intensos días parisienses En el poema titulado Lo que viste sin tus ojos, Gonzalo Piera se lamenta de la ausencia de los ojos de la amada y Manuel Valero Gómez proclama y sostiene solemnemente el valor de existir en su poemeaLa Naúsea.

Respetados y fieles lectores de nuestra revista, en las manos tenéis el resultado de nuestros trabajos. Nada nos resultaría más grato que vuestro aprecio y consideración. En la confianza de un juicio benevolente y amistoso y con el deseo de vuestra aceptación, concluimos esta presentación.

***A**lternativas*



Poema manuscrito de la poeta Mercedes Rodríguez Gª-Olías

sobre el cuaderno ITINERARIOS de la artista alicantina Ariadna Robles

T
e n d
m a o
b l en esas pupilas casi azabache y ónix

a través de un cristal que me aparta de la verdad de tus iris,
sigo mirando, como si de una ventana al Mar se tratara
a los ojos que tras el abismo encendido
creas con la palabra y
completas en la linde con el grano que flamea.

Inconsciente a tu juramento
ofrendo los papiros Akásicos a tu noble mirar.
Y partiendo y bebiendo
y escribiendo y sonriendo
dibujando y recitando.

Suspendida y solapada en tu pecho
coloco tu merecida medalla.
Has sabido ser el pulmón en mi papel,
has reinsertado una a una las letras
hasta dar cuerpo a una poesía.

Te felicito ¡oh, Extraño amigo!
pues más allá del abismo eléctrico
incendiaste las nebulosas
de la memoria.

Inma Méndez –Alféizar

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

O i a
b l
d u

Obdulia va caminando
y al mismo tiempo se mueve
como si fuera un flan blando
y una pintura en relieve.

Obdulia va paseando
entre la hierba y la nieve,
con su vestido de seda
y su sombrero de lino,
cuando va hacia la alameda
por la senda del molino.

Obdulia va a la alameda
para verse con Faustino,
un pretendiente huertano
natural de la Murada,
simpático y campechano
de quien está enamorada.

Obdulia va a la alameda
con su falda almidonada.
Mueve tanto su trasero
cuando va hacia la alameda
que el hijo del panadero
se pone como una fiera,
porque el mozo no es de cera
ni hielo petrificado,
y como una enredadera
se sube sobre un tejado,
por ver pasar a la moza
cuando va hacia la alameda
más hermosa que una rosa
en soleada primavera.
Y es que su forma de andar
hace levantar pasiones
a quien la ve caminar
con sus prietos pantalones.

Obdulia siempre será
la musa de mis canciones,
de mis versos cotidianos
escritos en esta tierra
de generosos huertanos
nacidos en la postguerra.

Obdulia va a la alameda
por la orilla de la sierra,
cantando una cancioncilla
que hasta el más bruto se para
para ver a esta chiquilla
de tan dulce y bella cara.

Obdulia es la semilla
que no haya ninguna tara.
Después de un largo amorío
el amor se fue apagando
y en un cañar junto al rio
estaba sola y llorando,
porque el hombre que ella amaba
se lo quitó una cantante,
que en un tugurio cantaba
en la ciudad de Alicante.

Lloraba con tanta pena
que tuve que preguntarle:
¿por qué lloras, niña buena?
Porque no puedo olvidarle,
me contestó balbuceando
con lágrimas en los ojos
mientras estaba cantando
un jilguero entre matojos.

No llores más yo te pido
que muy pronto encontrarás,
a tu adorable Cupido
y con él te marcharás
hacia otro planeta donde
encuentres paz y sosiego,
como a ti te corresponde.

Te lo dice este labriego,
hijo de una Callosina
y de un mozo de Orihuela
que hace tiempo que camina
con sus abarcas sin suela,
porque no tienen dinero
sus padres para comprarle,
unos zapatos de cuero
ni pan para alimentarle.

Obdulia ya se ha marchado
para siempre en un velero.

Trinitario Rodríguez

HOY HABLAMOS DE LOS RÍOS

Hablar de los ríos, esa repetida metáfora de la vida, da para mucho. Hay tantos ríos evocadores que de no haber tenido de antemano un río preferido, no hubiera sabido cual elegir.

Hay ríos cuna de civilizaciones que crecieron a sus márgenes como la egipcia, misteriosa y colosal, y el Nilo, o el Eúfrates y el Tigris, entre los que se supone estuvo situado nada menos que el Paraíso Terrenal. A sus orillas comenzó la civilización y la historia, pues cuando los hombres dejaron de ser nómadas y cazadores, allí formaron las primeras ciudades-estado, bajo la protección de dioses crueles, exigentes en sacrificios. Estos pueblos inventaron la primera escritura de que se tiene noticia, llegada hasta nuestros días grabada en tablillas de barro.

Ríos ligados a religiones, como el Jordán, donde Juan, el precursor de la buena nueva, bautizó a Jesús, o el Ganges, río sagrado de la India.

Ríos musicales como el Volga y sus remeros, siempre avanzando entre la niebla, o el vals y el Danubio, que nos trae a la memoria colectiva y cinematográfica, a una joven y pizpireta Sissi, y los fastos en tecnicolor de la corte austríaca, que tanto nos deslumbraron en nuestra primera juventud.

También, pertenecientes a la citada memoria cinematográfica, hay ríos como el Misissippi, por el que navegan barcos impulsados por una gigantesca rueda. En sus salones imaginamos que se está jugando una arriesgada e inacabable partida de póker, mientras se oyen, lejanos, los nostálgicos cantos de los esclavos afanándose en las plantaciones de algodón, por donde no nos extrañaría nada ver asomar, en cualquier momento, la rojiza cabeza de Tom Sawyer.

Caudalosos y anchos cual mares como el Amazonas, que atraviesa selvas impenetrables, acompañado en su recorrido por silencios sobrecogedores o por la algarabía policromada de pájaros exóticos y el chillido de los monos que se balancean en las ramas de los árboles. En su fondo cenagoso encuentra descanso la terrible anaconda, rodeada y, supongo, respetada por pirañas voraces ejercitadas en la masticación.

Ríos sojuzgados o en vías de serlo, como el Yang Tse, al que el hombre intenta domeñar y transformar en un sumiso lago obediente a sus intereses. Para conseguirlo sacrificará ciudades, campos, templos y yacimientos arqueológicos que nos hablan de pasado remoto de la Humanidad. Sólo escaparán de la hecatombe los recuerdos anidados en el corazón de las personas arrancadas de sus hogares, y quizás, con los años, estos recuerdos adquieran rango de leyenda que perpetúe la existencia de las ciudades sumergidas, convirtiéndolas en materia fértil para la fantasía.

Ríos que a pesar de pertenecer a la mitología, tienen una realidad tangible en nuestras mentes, nutridas por tantas horas de lectura. El tenebroso Estigia, por cuya superficie discurre la barca de Caronte, y aquel otro, el Leteo, que borraba el pasado de los que bebían de sus aguas, haciéndoles perder memoria e identidad.

En fin, la relación se haría interminable y naufragaría entre las aguas de tantos ríos, miles y miles de ríos que conozco o ignoro, grandes o pequeños, mansos o soberbios, que se precipitan en cascada o se arrastran perezosamente. Ríos que rodean, cruzan, envuelven nuestro deteriorado planeta como hebras de un gigantesco ovillo, extendiendo su acción benéfica y fertilizadora por todos los rincones, y ¡ay del lugar que no goce de su vivificante compañía!

Pero decía al principio de estas líneas que tenía hecha mi elección. Mi río preferido, como imaginareis, es uno de los nuestros, mas no es el alegre Guadalquivir

ni el Duero que porta entre sus aguas palabras de amor, ni el dorado Darro, ni los umbrosos ríos gallegos, ni los asturianos teñidos de carbón, ni el recio y caudaloso Ebro, ni el austero Tajo, ni el juguetón Guadiana, ni los valencianos o catalanes que rugen o están secos. Mi río es pequeño, modesto, insignificante, pero lo amo porque es el de mi infancia, el primero que conocí, el primer río en que me bañé durante una excursión de las de antes, con botijo y tortilla de patata. Mi entrañable aprendiz de río, el Manzanares.

María Rosario Mohinelo

El Miedo

Ahora los niños tienen mucho miedo.
Tienen miedo los hombres, las mujeres.
Viene el temor, la angustia, desde el sueño
a la vigilia. Con lo que sucede
los niños tienen miedo en todo el mundo.
El pavor se dibuja en sus miradas,
se les sube a los ojos, nada oculto,
de la misma raíz de sus entrañas.

Hogares destruidos por las bombas,
sangre que cae a golpe, a borbotones,
rencor que llena el alma vigorosa,
cuerpos que aprenden la maldad del hombre.

¿Cuándo se va a acabar esta amargura,
este tiempo de saña y de desprecio?
¿Cuándo el amor será y el odio nunca?
¿Cuándo los niños vivirán sin miedo?

Francisco Alonso Ruiz

P
u
t
o T L P

Las estrías de mis pupilas pasean silenciosas por el camino
inerte de mis hilos de crisálida.

Aunque no siempre fue así.
Yo tuve una afilada daga
que tan sólo con pasearla por el viento
habría quebrado las sombras.
Las oscuras y las claras.

Y tuve un cincel que arrancaba sin piedad
los iris azules intensos de cualesquiera
que imaginara.
Y luego vomitaba, vomitaba hasta vaciarme del hígado
la vesícula biliar.
Hasta quedar errante por el dolor
y sin miedo para poder pensar en fuegos,
en ponzoñas, en sepulcros, en caminos, en la nada o la palabra.

Era libre unos instantes siempre
después de echar el alma.

Y hoy quedo,
con el reflujo de mis párpados
en donde al cerrarse ya no se acumula nada.
Estéril osamenta
cubre este cadáver de escarcha que aún pasea
por el espejo petrificado de las putas
al otro lado.

Ya no están sus manos fuertes de vieja.
Ni el papel con lazo está.
Y a mí no me interesa
brotar o derramar.

Inma Méndez -Alféizar

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

LA SOLTERONA

Estuve varios años trabajando en la casa de tres solterones. ¡y qué solterones! En ese tiempo aprendí a reprimir a la fuerza mis deseos de mujer; lo digo porque los hombres me gustan a rabiar, pero he llegado a los cuarenta, ¿o son cincuenta?, sin catarlos.

Cuando entré a trabajar en esta casa me frotaba las manos y me limaba las uñas pensando que cazaría, al menos, a alguno de ellos y le agradecía al destino la oportunidad que me ofrecía. ¡Nada menos que tres hermosos señores a mi alcance!

Los cuidaba mucho y bien: les servía ricos guisos; tenía sus ropas a punto; ordenaba sus papeles y las camas, ¡ay las camas!, que limpias y mullidas las ponía esperando algún dulce acontecimiento. Les hice la vida tan fácil que llegó el día en que ninguno de los tres quería prescindir de mí, así que creí que los tenía en el bote, que sólo faltaba darles un empujoncito porque era tímidos y lograría mis propósitos. Entonces comencé a arreglarme más, a suspirar por los pasillos, a gimotear por los rincones y a lanzarles miradas incendiarias. Pero, nada, ni caso.

Indignada ante la indiferencia que mostraban hacia mis insinuaciones, poco a poco fui desatendiendo mis obligaciones. Olvidé los buenos guisos y comencé a servirles patatas cocidas, arroces pasados y, hasta a veces, requemados, y dejé de cuidar tan amorosamente sus ropas.

El resultado fue que me llamaron al despacho y dándome una carta de recomendación y unos cuantos miles de euros, me dijeron que tenían que prescindir de mis servicios con todo el dolor de sus corazones. Pero ¿Es qué tienen corazón?

Y aquí me encuentro ahora, malviviendo en una pensión, sin trabajo y sin amores. Soltera de por vida, a pesar de mis ganas de dejar de serlo. Me consuelo cerrando los ojos e imaginando que desfilan ante mí hombres de todo tipo: altos, bajitos, bien hechos, escuchimizados y, sobre todo, solteros, que no quiero líos con las parientas. Todos van detrás de mí y yo haciéndome de rogar. ¡Qué pena que los deseos no se hagan realidad!

La única verdad es que no tengo suerte en el amor y que a pesar de mis esfuerzos, no hay manera de perder el título de: “La más pura del pueblo.”

Estoy tan desesperada que he llegado a poner un anuncio en la puerta de mi habitación que dice: “Pasen sin llamar”, pero ni por esas.

Ahora que lo pienso, voy a aprovechar que alguno de ustedes leerá estas líneas, para rogarles que si saben o se enteran de algún soltero disponible, por favor, háganmelo saber. Les quedaría sumamente agradecida.

María Plana

Las estrellas seguirán

Cuando los humanos consumen el suicidio
y la guerra nos devuelva un mundo muerto.
Cuando sólo blancos huesos y ruinosos edificios
queden como prueba de un vesánico proyecto,
cas estrellas seguirán
estando donde están.

Si Gaya es asfixiada por el mono erguido.
Si los mares se convierten en inmundos lodazales.
Si los campos sólo albergan cadáveres podridos.
Y si el aire se llena de humores letales,
las estrellas seguirán
estando donde están.

Y si un astro errabundo nos golpease
y un cataclismo inmenso nos destruyera
y el núcleo de este mundo en mil trozos estallase
y no quedase nada más que polvo y vapores hechos nube,
las estrellas seguirán
estando donde están.

Y si el homo sapiens reniega de su mente
y cae en un frívolo sueño sin sustancia
y se convierte en un ser vano y decadente
olvidada la cultura y su importancia,
las estrellas seguirán
estando donde están.

Si no tenemos ningún otro despertar,
si nuestro arte, ciencia y alma se nos pierden,
no creáis que el Universo va a llorar,
que las estrellas nos ignoran desde siempre.
Las estrellas, amigo, seguirán
estando donde están.

Mas qué falta nos hacen esos astros,
que en la noche nos dan su incandescencia,
tan lejana y tan firme, allá en lo alto,
y su eterna y segura permanencia.
Sabed que en este Cosmos de enigmas y de espantos
hay algo cierto y de clara transparencia:
que mañana...
las estrellas seguirán
estando donde están.

Miguel Ángel Pérez-Oca

Mi sombra

Por más que me nazco cada día,
aparece en mi alma la ponzoña.

Te descubro en el éxito y la gracia,
bajo el sueño,
arquitecto y monarca de mis prisas.

Comadrona de luz perecedera,
recolectora de un triste pan que amarga,
acudiendo a la tiara de mi risa.

¿Quién soy,
sin el manto dorado de tu sombra,
sin el sonido añil de tu garganta,
sin ese movimiento dócil y sumiso
que convierte mi cuerpo en una trampa?

¿Quién soy,
sin el arte brutal del maleficio
que dulcemente esquiva y me suplanta?

¿Quién soy,
sin tu adagio de excusas concluyentes,
sin tu cántaro lleno de palabras?

¿Qué soy,
sin la noche que transita por mis labios rojos
cosechando lujurias descarnadas?

¿Qué soy,
si no esa mitad que te contempla herida,
por no querer vivir, contigo en casa?

Julia Díaz Climent

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

EL NOMBRE MALDITO

Descubrir el lugar resulta algo imposible. El individuo de la crueldad, el asesino sin compasión y sin límites, supo habitar en el lugar del secreto, desde que conoció que sus delitos iban a ser castigados.

Imaginad a un hombre poderoso, un magnate rico y depravado, una mente diabólica, convencida de la necesidad de extender el crimen.

Al principio desde la transparencia, abiertamente, sin ocultar su rostro ni sus intenciones, fraguó y realizó planificadamente atentados, sabotajes, asesinatos metódicos, secuestros y atentados. Fue un tiempo en que se supo su identidad criminal.

Denunciar, desvelar en estos momentos el lugar donde se oculta desde que parte de su organización fuera destruida, es imposible. Las conjeturas y las opiniones sobre el hecho son diferentes y contradictorias ya que hay quien asegura que en su huída buscó un refugio en África, o en un arcano foso subterráneo o submarino, y también quien predica que el espacio en el que habita es una tierra mágica, metafísica, un lugar en una dimensión desconocida, y defendida por extrañas criaturas infernales.

Lo primero que se publicó es que había muerto, seguramente en uno de los últimos episodios de su violenta vida. Una noticia que así lo hacía entender fue después desautorizada. Estaba vivo… y quería seguir matando. Ahora era el secreto de su localización lo que impedía su detención y su castigo.

Pero voy a decir lo que ha sucedido. El hombre terrible de las ejecuciones, de las cámaras de gas, de los genocidios y matanzas, consiguió huir de quienes le perseguían, de quienes iban a apresarle. Y encontró una guarida, un refugio en el que esconderse. No les voy a revelar el nombre de la ciudad, ni en qué país está dicha ciudad, ni con qué nombre ficticio se le conoce ahora. No supe su nombre nunca, o lo he olvidado, o me es imposible escribirlo. No quiero desvelar la información que tengo. Lo cierto es que ha pasado el tiempo, y ya las circunstancias son diferentes, y lo sucedido menos importante, y los que le odiaban ni le odian ya ni le temen. Así que una conjura de silencio y de olvido promueve el vacío en torno de su imagen, de sus actuales pasos y sus palabras de ahora. Una confabulación y una conjura de los poderosos.

¿Cómo se llegó a este tiempo de desgana, de perdón encubierto con falacias, de complicidad con el malvado personaje y su época? He hablado de conjura y hablo de confabulación y de amparo y ayuda. Porque los que sabían dónde estaba fueron asesinados sistemáticamente. Hombres distintos, que no le habían conocido, y mujeres que no le amaron, le guardan hoy las espaldas o comparten su cama. El Estado donde reside no figura en ningún libro: ni en las enciclopedias, ni en los catálogos de viajes, ni en las crónicas artísticas o de tipo histórico. Ha sido deliberadamente excluido. No existe.

Nadie sale ni entra en el laberinto del secreto, sin que alguien, que nunca nos dice como se llama, autorice la entrada o la salida de su madriguera. Cada año, cada siglo que pasa, hay menos gente que se interese, que pida información o indague en lo sucedido. Se asegura que el hombre del que hablamos hace siglos que ha muerto, pero que su laberinto sigue estando secreto, inviolado, inviolable.

La confabulación es universal. Todos los ciudadanos y ciudadanas del mundo saben y callan esta verídica historia: hechos, lugares, mitos. Y no pronuncian nunca el nombre del asesino, el horrendo y maldito nombre que no digo.

Francisco Alonso Ruiz

El sueño
no soñado

La noche teje su manto,
me arropan sus espinas.

Pasa lenta.

La lechuza
refleja la bestia
en sus ojos fijos.
Siento las horas,
el cincel graba mi cuerpo
en su caminar monótono.

El silencio taladra,
roca de carne,
la mente flota
con la novela del sueño.
No hay desenlace.
No hay final
ni precipicio.

Caigo en la sima sin fin.
El sueño no es sueño
es principio.
Caigo más y más.

Vacío.

Siento el alba azul,
y es mañana.

Airam Lebasi

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

Descubriendo

la trama

Tu castigo llevabas
en los ojos escrito.
Las metálicas ubres
sólo parían catástrofes,
violentas convulsiones
llegando de muy lejos.
Estaba todo oculto,
pero aquella mirada
ansiaba descubrir
motivos del llanto,
el porqué de la pena
que el sol cada mañana
imprimía en los cristales.
Mejor hubiera sido
no saber nunca nada,
soñar con lo que a tientas
iba mostrando un mundo
donde todo ocupaba
el lugar esperado,
aunque no fue posible
ignorar la desdicha:
estaba allí acusando
la derramada sangre,
la oculta sangre
que clamaba insomne.
El cuchillo que gime
no lo ha olvidado nunca.
Aún ahora, en la tarde,
casi en la sombra hiriente,
vuelvo y vuelvo al instante
en el que las palabras
desvelaron la trama
que me envolvió por siempre.

Manuel Parra Pozuelo

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

En los amenos sotos de Auschwitz

En los amenos sotos,
en las verdes praderas de los campos
de Auschwitz o Mauthausen,
en Austria y en Polonia,
el Trabajo libera y las margaritas
florecen en abundancia
cuando alargan los días
y los más perezosos de los judíos
trabajan algunas horas más, hasta que el sol se cierra.

Los siete días de la semana
allí son siempre iguales,
porque nunca les brindan un día de descanso
ni el sabath más brillante por el que tanto rezan.

Allí se ha de morir en una hora cualquiera,
cuando llega la ducha,
o porque un vago impulso de los jóvenes nazis
o cualquier jugueteo del amado
debe ser satisfecho en un instante.
Dura es la roca y pesada pero eso no importa:
la espalda del esclavo la sustenta
y luego cae con ella escaleras abajo.
El perro come y vive, mientras mueve la cola.

En las verdes praderas
donde las hienas viven y los buitres
se comen las carroñas
que antes fueron médulas y vidas,
hay un pecho guardado que a borbotones sangra
en la memoria nítida del hombre.

Juan Vicedo

EL PRIMER PELDAÑO

A Mari Mohinelo

A las cuatro quince horas de la madrugada las estrellas asoman rabiosamente bellas. Fulgen y titilan destellos de luz desde el abismo en la curvatura del tiempo, aunque en ponderada medida tal vez se han extinguido hace siglos o milenios y ya son meras existencias espectrales, fantasmas de Universo, entidades de otros planos.

El Carro se esconde y reaparece entre hilachas de nubes color perla, igual que la luna en su lento caminar hacia menguante. Refresca una humedad marina que la piel acepta y agradece. El cielo, en su profundidad, destila en cobalto su quietud nocturna; a veces estalla un fogonazo hacia el Oeste, preludio de una tormenta afónica, callada, apacible. El mar reitera infatigables splash, splash, enjambre de murmullos pincelado por las luces de las farolas del paseo marítimo. Todo naturaleza sosegada, imponente; no hay alma que quiebre el monocorde ritmo de las aguas; puro júbilo de la penumbra, el mar es en sí mismo. Los edificios se recortan al norte y al sur cual navíos encallados en la inmensa playa, o como esqueletos de ballenas varadas en la costa con las costillas descarnadas.

Respira El que Duerme a su lado, ese hombre fatigado, tangible, que tiene nombre y apellidos y apenas conoció el cariño y la ternura. ¡Son tan desiguales los mundos y tan diversos los trayectos de la breve existencia!; casi nunca le ha visto dormir sereno, descansado, agradecido a la vida por haberle dado… Cuando ella besaba la cara de su madre como si fuera un caramelo de malvavisco, tal vez él andaba en fila de a dos, silencioso y contenido por los largos pasillos de un internado; en el instante gozoso en que, desde la Atalaya del Mar, contemplaba ella el periplo de las ballenas sobre el horizonte poderoso y calmo, con poemas que edificaban el espíritu entre las manos, El que Duerme a su lado quizás trenzaba rezos o cantos gregorianos entre los rigurosos muros de una iglesia. Loor a la misma divina esencia por tan distintos caminos y experiencias, alborozo y sobriedad. La infancia de ella fue una correría tras el encantamiento del ñangüe, sin atadura, ni miedo, ni vergüenza; la sagrada sierpe ctónica removía bajo los pies descalzos la Tierra Madre y traía recuerdos reptilianos, de memoria antigua; ¿y él?... estudiaba por las trilladas rutas de la ciencia y la razón y aprendía un sinfín de cosas prácticas; tampoco pudo ella zafarse totalmente de ese sistema educativo, pero bastaba con ver a los padres luchar y trabajar día a día sin perder la alegría para comprender el pragmatismo en la justa proporción y medida, que le permiten ahora sobrevivir en la manada y librar sus reglas. Él sabe muchas cosas que les ayudan a mantenerse en el rellano de esa escala cósmica que es la Vida. Y aquí están, suspendidos en el éter del amor silencioso, sin atreverse a salvar el primer peldaño. Ama a este hombre limpio de corazón que Duerme a su Lado, le agradece… pero todavía no ha aprendido a besar tiernamente porque se rezagó en el aprendizaje; la pequeñina está enseñándole a abrazar con sus alitas de jilguero que lo vencen por completo; será que llegó tarde o que jamás pensó que la infancia del Hombre que Duerme a su Lado fuera tan austera, tan desamada.

Él, El que Duerme a su Lado, despertará temprano, reunirá a la pequeña camada alborotadora y se irán los cuatro juntos camino adelante al quehacer cotidiano. Y ella, un día más, una tarde más, será, como siempre fue, una mujer solitaria, que no sola.

*****

Sade y George Benson prestan tropicana tibieza al amanecer. Al primer guiño de la luz, vino la lluvia saludadora que ha dejado un mar empastado, de brea, sin apenas horizonte, monócroma sábana de ceniza que sólo tiende a ocre donde rompen las postreras olas sobre la orilla de la playa. Parece más Atlántico que Mediterráneo; recuerdo tenebroso que la excita y la convoca. Abajo hasta el verde polvoriento de las yucas ha mudado su color habitual y adquirido un cariz aterciopelado y satinado.

Imponente y solitario en la distancia, el Peñón de Ifach tiene una apariencia más fálica que nunca. Quizás sea su colosal silueta emergiendo del mar lo que desde hace años les atrae a este rincón levantino; un panteísmo hedonista anclado en los bajíos de la memoria. En la niñez contemplaba ella un volcán majestuoso surgiendo del océano, ominoso, letal, tan legendario que su mente fantasiosa inventaba historias que lo hicieran accesible y compañero. Una percepción de la dualidad de lo Creado; antítesis, dicotomía, haz y envés de una misma realidad; Volcán/macho, Mar/hembra. Pasaron años hasta que percibió en el espíritu, en el hábitat de lo sublime numinoso, su verdadera androginia totalizadora; fue una revelación fuera de la percepción objetual, más allá de sus estrechas fronteras. Pasaron años…

Hoy, día lectivo, los niños gozarán o sufrirán la escuela; no les será dado el regocijo del baño lustral, el rebuscar pequeños tesoros sepultados entre la arena y las rocas del fondo marino; la piedra mágica o la concha traslúcida cuya belleza colme el esfuerzo fatigoso de bogar hacia las profundidades, como peces, como fetos, libres y condenados.

*****

La meteorología no varía de intenciones por la tarde. En el pueblo, los paseos se encuentran sumidos en una melancolía expectante porque el Sol ha sido hurtado por alguna mano justiciera o prometeica. Así son los Cielos en su arbitrio: como te lo doy, te lo quito. Alemanes, noruegos y holandeses otean sobre la montaña el ceremonioso desplazamiento del nubarrón que ora se dilata, ora se comprime; a tanta volubilidad no están acostumbradas sus mentes perfectamente cartesianas; puede que estén aquí porque somos imprevisibles, medio locos y hasta el sol nos adoba tan quijotesca andadura; les divierte y acaso también les estimula.

Parece que llueve, pero caen apenas cuatro gotas mustias que hacen trotar a los transeúntes y luego calma chicha; ni el aire se agita; el mar permanece indiferente en su grandeza ante el furor de anglos y teutones. Las madres van sacando a los bebés en cochecitos y pronto el paseo rebulle de peatones silenciosos que vigilan aviesamente el mar y las nubes grises.

Al atardecer, Palmira y Santiago aseguran que no volverán a Madrid aunque no escampe; Fanny medita con los ojos entornados mientras confecciona el vigésimonono jersey de calceta de color esmeralda; quizás para Pedrito, o para Cuca; total, son casi de la misma edad. El balandro de Ramón se ha escorado aún más en la costa donde lleva varado agonizante días y días.

Una Furtiva Lágrima de Donizzeti en la garganta aúrea de Mario Lanza le produce una dicha tan inmensa, que a través del influjo de esa voz escapa su melancolía particular. ¡Qué poco ha cultivado el espíritu para la música clásica! aunque cuerpo y alma anduvieron siempre en danzas; a veces siente las melodías y los ritmos a niveles celulares, se le eriza la piel, las sienes palpitan y le zumban; procesos de esa índole elemental y primaria; acaso es el atavismo del balele africano, el poderoso canto de la Tierra que mamó en la pubertad, edad en que las geomagias son tan intensas; y más en África donde la Vida fluye sin emboscadas moralistas.

Inicia Mario el Adiós a la Vida de Tosca de Puccini; la voz modula, suaviza, tensa, encanta. Sólo distingue, ¡ah infeliz¡ entre lo que le gusta y lo que no le gusta; algo realmente rudimentario para una mujer cultivada; pero Lanza sigue pareciéndole una de las voces más pasionatas que el bel canto ha dado; semejante cualidad bastaría para rendir a la donna más aguerrida… Y luego… al piano Rubinstein acompañando al alma bruja y solitaria, colmando con esa gota de dicha su pequeña, anónima existencia.

Mercedes Rodríguez García-Olías

A Miguel Hernández

Con la frente bien alta y sin flaquezas
cargaste con la cruz que te impusieron
aquellos que de ti no consiguieron
arrancarte del alma tus riquezas

Nadie pudo doblar tus fortalezas.
Arquitecto de versos que nacieron,
y con alas de paz hoy te sirvieron
para la libertad de tus grandezas.

Ha de quedar constancia de por vida
que por querer la paz, solo encontraste
cadenas tras cadenas sin salida.

Y la muerte tan fría que palpaste
te hizo libre, y tus versos son la herida
y la gloria de los días que pasaste.

Lucía Espín

Fluyen

las palabras

Una vez más sobre su piel
descargando ira, ahogando ascuas,
su dominio y hombría,
ella siempre callada.

Ni un resuello, ni un suspiro,
ni tan siquiera una lágrima
cumplidora del deber para el que vino,
siempre sumisa y resignada.

La hermosura de sus ojos,
poco a poco se apaga
de inclinarse hacia la tierra,
para ocultar su mirada.

Mas su interior se rebela
alzándose sus pestañas,
podría olvidar, claro que sí,
¡compartiendo su morada!.

Pero sube a la colina
y va desnudando el alma,
no es sólo por su persona
por quien fluyen las palabras.

Por las flores que engendró
en olas de arena dorada
hoy se desborda su río
representando su raza.

Paqui Herrera

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

PURA

Siempre, mientras empujo la silla de ruedas de mi marido, sonrío. Hablo a mi pobre inválido con cariño y muy bajito para que sólo él me oiga.

Hoy le estoy contando los proyectos que tenemos para los próximos días. Sabes, -le digo- este año estrenaremos las chicas y yo vestidos para la fiesta del Patrón. Son preciosos y sólo nos han costado 1.500 euros. No te pongas tan rojo, no vaya a darte otro arrechucho. Anda, tranquilízate; acuérdate de todos los años en los que no nos has permitido estrenar nada. ¿Qué era lo que me decías…? Ah, sí: "¡Tenemos que dar ejemplo de austeridad!" Pero, ¿por qué? ¿Sólo porque eras el sacristán del pueblo tenía que ser tu familia la que diera ejemplo? Pues eso se ha acabado. El día del Patrón empezaré el jamón, haré cocido con relleno y tarta de postre. He invitado a toda mi familia. ¿A que te gusta la idea? Bueno, no te olvides de que con tu austeridad, mejor dicho tu tacañería, cuando mi familia venía a casa tenía que traerse la comida. Eso no volverá a suceder nunca más.

No sé cómo tus hijas y yo pudimos aguantarte. Veinte años de mi vida me has amargado. Hemos pasado hasta hambre. Parece que te esté viendo con tu dedo acusador siempre levantado; pero, ¿de qué podías acusarnos si no nos atrevíamos ni a respirar? Apoyado como siempre en las dos patas traseras de tu silla, te balanceabas diciendo: "No comáis más, acordaos de los que no tiene nada que llevarse a la boca", pero exigías que tu plato estuviese siempre bien lleno... Mira, por ahí viene Julia, la cotilla del pueblo:

-Hola, Pura. Tan buena esposa y tan volcada en el cuidado de tu marido como siempre. Todo el pueblo está admirado de tu comportamiento y de la resignación con que llevas la desgracia, me dice.

-Gracias, gracias, Julia. Todos sois muy amables conmigo.

Menos mal que tenía prisa y ya se ha ido. Así puedo seguir hablándote. No sabes, querido, qué buena idea tuve cuando sustituí tu silla por la que tenía las patas flojas. Te juro por nuestras hijas que sólo quería darte un susto, pero ¡qué porrazo te diste! Desde entonces creo que hay justicia en el mundo, que el Destino tiene sus propias leyes. Estuviste en coma varios días y ahora no puedes moverte ni hablar, pero oír, oyes, así que puedo contarte todas las novedades: Tus hijas, en vez de comenzar a trabajar como tú querías, han continuado con sus estudios y yo, a pesar de ser la dueña y señora de todo, me ocupo personalmente de ti, te cuido, te aseo, y te saco a pasear. No te quejes y da gracias a Dios de que este sea un pueblo llano y por tanto no corres peligro alguno, aunque el Destino tuviera previsto olvidar poner el freno a tu silla.

Araceli Cuesta

Herido,
siempre herido

¿Dónde podré mirar,
dónde ocultarme?
¿Mi cobijo serán
las flores o los pájaros?

Tanta belleza cabe dentro del corazón
que es imposible retroceder,
buscarme en otros ojos,
en otras tempestades,
donde nadie me vea,
llorar allí, incesante,
perdonarme a mí mismo
haber soñado tanto,
haber amado tanto,
para al final quedarme
solo con mi tristeza
como un árbol insomne,
sin saber si tus ojos,
aunque miren de frente,
están mirando dentro
de una fosa incorrupta
donde los alacranes
atacan inclementes
al que pasa pensando
que aun ayudarte debe.

Así en los despertares,
así en las duermevelas,
yo siempre tras los sueños,
no sabiendo de dónde
la luz llega y nos salva,
cayendo, levantándome.
herido, siempre herido,
y en los sauces perdiéndome.

Manuel Parra Pozuelo

La sinrazón

Tristones llevan los ojos
los andares y las manos,
por un campo de rastrojos
mis adorables huertanos;

y la sinrazón galopa
como potro desbocado,
por delante de mi boca
y mi pecho despoblado.

Así está toda mi España
y el fascista asesinando,
porque no le importa nada
el dolor que estás pasando,
patria mía perseguida,
pueblo mío amordazado.

Triste está toda mi huerta
y sus prudentes huertanos,
porque no pueden comer
y se acuestan desmayados
en colchonetas de paja
y catres destartalados,
en mí amada Vega Baja
de herreros y carpinteros,
barberos y panaderos
y campesinos lisiados,
con el cuello perseguido
y el cogote demacrado.

Penoso y triste está todo
y toda el agua que pasa
por el caudaloso arroyo
que lame y baña mi casa
y el leño donde me apoyo
para escribir estos versos
y estas odas aflautadas.

Triste tengo el alma mía
y el corazón destrozado
cuando pienso cada día
la ruina que nos espera
y el mal que nos ha causado
este Dios de frente fría
cruel, arrogante y malvado.

Toda mi patria está triste
y el leopardo fusilando,
a los hombres inocentes
que a la muerte se dirigen
y hacia ella van cantando,
como jilgueros valientes,
como ruiseñores mansos,
que cantan en las praderas
en los montes y en los llanos,
y en los campos de Albatera
donde allí están enterrados.
Entre cardos y palmeras,
algodonales e higueras
y almendros nobles talados,
que se han cubierto de luto
junto a los rojos granados.
a quien les llora la luna
y un mochuelo desolado,
con su frente casi bruna
y su plumaje escarchado.

Encima de un algarrobo
oyendo el aullar de un lobo
y el de un perro condenado,
que lo ha dejado su dueño
amarrado junto a un leño,
totalmente desnutrido
sin agua y abandonado,
como han hecho con los restos
de estos dignos compatriotas,
de estos españoles muertos.

Trinitario Rodríguez

Poema homenaje a los hombres y mujeres que fueron fusilados durante y después de la guerra de España.

RELATOS DESHILVANADOS

EL HOMBRE QUE NO SABÍA QUE ESTABA MUERTO

La sombra se movía lentamente delante de él. Poco a poco, pisando con cautela se adentró en el laberinto el hombre que no sabía que estaba muerto. El bosque silencioso lo esperaba para acogerlo entre sus ramas desnudas. Pensaba, mientras sus pies hollaban las hojas caídas que crujían rebeldes, cómo había sucedido su muerte: no lo sabía. En qué momento de su consciente había pasado. Tampoco. Sentía los sonidos con pasmosa realidad. El peso de su cuerpo y la evidencia de sus movimientos trastocaban la posición de las láminas secas que se volteaban a su paso. Si estaba muerto, ¿cómo conservaba la materia que producía el sonido y las huellas? Apretó las manos sobre su corazón que latía acompasadamente. No podía estar muerto; sin embargo, había una certeza: la herida. La sombra que le señalaba el camino se volvió densa y oscura. Se alejo de él. El miedo lo sobresaltó. Tuvo que acelerar la marcha para poder seguirla. Pero cada vez se alejaba más, hasta que la perdió de vista. Era su sombra, su propia sombra que lo abandonaba. Volvió el miedo a atenazarlo. Intuía que la sombra tenía que estar cerca. Aterrado desembocó en un claro. La luz brillaba sobre la hierba que resaltaba la mancha de la sombra recortada en negro que yacía sobre el verdor. No se movía. Entonces el hombre dejó de sentir.

DEL MÁS ALLÁ

Algo me despertó. Tomé conciencia de la realidad. A mi lado oí un carraspeo. ¡Qué...! De mi garganta no salía aquel sonido. Mi boca estaba cerrada y mis cuerdas vocales en silencio. Volví a escuchar aquella tosecilla nítidamente. Me incorporé. Mi corazón latía desaforadamente. La habitación envuelta en el frío nocturno respiraba de forma amenazadora. Las sombras rasgaban como garras rabiosas la oscuridad partiéndola en envolventes olas que azotaron mi rostro. Estaba despierta -estoy segura-. Entonces el miedo atenazó mi cerebro que se desbordó de terror. Salí de la cama trastabillando con mis piernas vacilantes. Recorrí la casa. No había nadie. En el cuarto de baño encendí la luz. Me miré en el espejo. Allí estaba el descarnado rostro de una dama que me observaba. Las venas y arterias colgaban como un entramado eléctrico sobre los músculos sanguinolentos, que rodeaban unos ojos desorbitados. Ahogué un grito. En el espejo se reflejaba mi cara despavorida. Temblando me mojé el rostro, respiré con anhelo, fatigosamente, y volví a la cama temblando. Acudía la imagen del espejo a mi mente produciéndome pavor. ¿La había visto o había sido una pesadilla? -me preguntaba sintiendo el corazón golpear mi pecho como un tambor-. El sueño era como un esperpento en el que me reconocí. Una pesadez implacable me sumergió en un sopor que me arrastró por el río del olvido. Bajé a los profundos avernos en donde encontré a muchas damas como la del espejo que reían a carcajadas burlonas y alargaban sus manos esqueléticas hacia mí. Luchaba contra ellas, entre las cuales, se destacó una que con un grito sobrenatural se hundió en el vacío del horror.

Un rayo de sol me despertó. El ser extraviado de la noche había desaparecido.

LOS ECOS DEL BOSQUE

El sol brillaba aún en el decaer de la tarde de aquel otoño cálido recién nacido. Las plantas exhibían sus flores como si fuera primavera. Las noches claras y luminosas amanecían envueltas en oscuras brumas que desdibujaban el paisaje. La casa aún conservaba los ecos del verano.

Bajo un árbol del umbroso bosque una mujer sentada en un columpio se balanceaba lentamente. Su mirada vagaba en un errar manso, romántico su descuido languidecía con la tarde. Pero alguien la observaba. Sobre la hierba se asentaba un caballete de pintor y una caja de acuarelas. La dama parecía estar sola en todo el ámbito que se divisaba. Una sombra cruzó los arabescos luminosos que calaban el follaje. La dama se movió inquieta, se detuvo en su balanceo y miró.

-¿Tú? -dijo sorprendida.

-¿Te extraña?- contestó una voz ronca y contenida.

Un joven, casi un muchacho, se acercó a ella procedente de los arbustos que rodeaban el claro. Había estado escondido allí esperando.

-Necesitaba verte. Me imaginé que te encontraría aquí- su rostro imploraba en un gesto de desamparo. -No puedo vivir sin ti. Me ahogo en el recuerdo de tus caricias-, rodeó con pasión los hombros desnudos tostados por el sol y la apretó contra él.

La mujer no pareció sorprenderse. Correspondió con todo su cuerpo a la caricia y sus manos apretaron las nalgas del joven. Bocas en la boca, manos en el cuerpo buscando con ansia los rincones conocidos. Entrelazados como si fueran uno se internaron en el bosque. Alguien observa escondido. Parece un cazador en su situación de espera. Baja de su hombro la escopeta, la toma entre sus manos, introduce un cartucho, apunta cuidadosamente y dispara. Se oye un grito. El cazador pone el seguro del arma y se la vuelve a colgar a la espalda. Con paso tranquilo se aleja.

El claro del bosque queda en silencio. El columpio balanceado por la brisa se mece. Sobre la hierba abandonados el caballete y la caja de acuarelas.

La casa acogió entre sus ecos el sonido del disparo y el grito. Era otoño.

DESENLACE

La luz se reflejaba en el vaso de violetas recogidas por la mañana en el campo. Una mancha azul en el tamiz dorado de la habitación. En la tarde cálida los visillos de encaje se agitaban suavemente y dejaban ver la lluvia mansa que caía taladrada por rayos perdidos de sol. Un libro sobre una butaca producía sosiego y otro, tirado y deshojado sobre la alfombra, sorpresa y desconcierto. Desde detrás del sofá una mano asomaba inmóvil, blanca y delicada. Los dedos habían dibujado un gesto de adiós congelado en el aire. Una copa había rodado por el parqué dejando una mancha blanquecina. De su cristal surgía un arco iris. En algún lugar de la casa sonaba un piano. El salón olía fuertemente a cianuro, violetas y heno húmedo.

Airam Lebasi

A Pedro Antón Fructuoso

Pero de plata repujada me vendieron
En la farmacia una reliquia que a enfermedad olía
De la cumbre del verso
Remotos en las pócimas medicinales
Obsoleta y vencida fauna de los miedos.

Aunque me devuelves la vida
Negando el ser vivo del diccionario,
Tomando prestada la “hora desgranada”
Oyendo altramuces que esquivas con tu sonrisa de
Nenúfar clandestino.

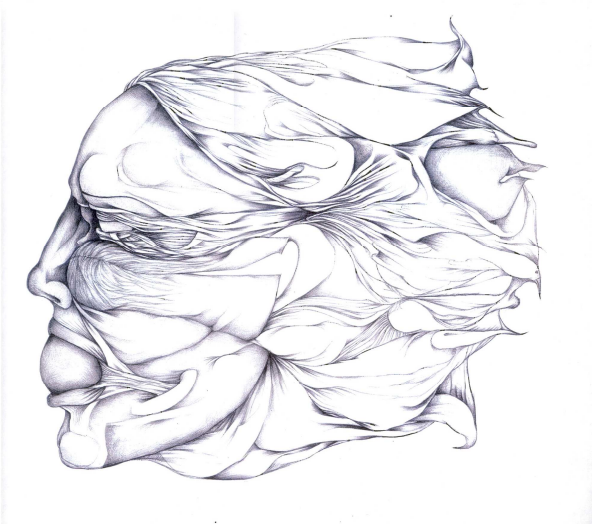
Faltaba conocer la parte humana de tu cerebro.
Rebosante de perdidos caminos
Untados de miel, ya sin acíbar,
Cuando menos aliñados de crepúsculos.
Teniendo el Universo a tus pies,
Únicamente una estrella pides para tu ser,
Ojos de mimo sonriente dando la paz y
Soñando el presente,
Ojos de profesional de visión, tejedores e hilanderos.

Inma Méndez/Alféizar

El grito

Hay un grito que viene
y se sabe de dónde:
de los laberintos
profundos de la tierra,
del clamor terrible
que surge de la sangre,
del pulso de la noche,
del color de la sombra.

Hay un viento que llega
y se sabe de dónde,
que ya se va advirtiendo
en el quebranto frío
del mar contra la playa,
en el brillo acerado
de cualquier plenilunio,
en el perfil oblicuo
de los últimos muertos.



Hay un grito, o un viento,
que nos doblega a golpes,
o nos araña con
su zarpazo de tigre…
y se sabe de donde
viene, desde qué mancha,
desde qué puerta inicua,
desde qué llanto antiguo…
que viene desde el polvo,
que viene desde el barro…

Viene el viento de donde
los cuchillos del crimen,
de donde las palabras enemigas,
de donde las heridas,
de donde todas las angustias…

Viene el viento de donde
son los ásperos vómitos,
de donde son las hambres,
de donde está la sed,
de donde cae la orina, el excremento,
de donde el hombre: el semen o el sudor,
las lágrimas oscuras.

Francisco Alonso Ruiz

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

En la distancia estás

siempre a mi lado
nutriendo en la penumbra
la alegría
cuidando azul
del lecho desatento.
Grandes manos,
que son dos grandes quillas.
Murciélago cautivo
de mis ojos
insomne agricultor
del regocijo.
Carnívoro leopardo
de las noches,
tú las devoras
con mandíbula homicida
y galopas después
por mi cintura
y me das fe
regalando el claro resplandor
de las tormentas
tu pulso inquebrantable
de granito
sin esperar en puerto bienvenidas.
Beso el dulce sendero
de tu rostro.
Sin ti, amado mío
creería en mi mar,
estar maldita.

Julia Díaz Climent

EL REGRESO IMPOSIBLE

Debí de hacer algo que no debía hacer o toque algo que no tenía que tocar porque, sin saber el motivo, me vi forzada a caminar por aquel pasillo largo y oscuro, cuya única luz era el reflejo que salía por debajo de las puertas cerradas que tenía a ambos lados. De pronto, las puertas y los reflejos desaparecieron. Mi deambular parecía no tener fin y la oscuridad era cada vez más intensa y tenebrosa.

Me preguntaba en voz alta ¿dónde estoy?, y no obtenía respuesta. A pesar de todo mi desconcierto, sentía que una fuerza superior me impulsaba a continuar, aunque ya no caminaba por el pasillo. Ahora me deslizaba por un túnel interminable hasta que una enorme puerta me lo impidió. Entonces golpeé la puerta, insistiendo incansable con todas mis fuerzas. Finalmente, una voz preguntó:

-¿Quién es?

-Soy Andrea, y a pesar de la oscuridad del túnel he llegado hasta aquí.

-No esperamos a nadie con ese nombre, –me respondió la voz que salía del otro lado de la puerta-. Tenemos la lista de las personas que han muerto hoy y no figura usted en ella, así que dese la vuelta y váyase, porque aún no ha llegado su hora.

-Lo he intentado varias veces y no puedo volver, –contesté- una fuerza incontrolable ajena a mi voluntad me obliga a seguir caminando.

Entonces las voces comenzaron a gritar y discutir. Pegué la oreja a la puerta y oí con claridad que decían: “Ya ha vuelto a ocurrir otra vez lo de la catalepsia… No sé cómo se confunden tanto. Lo peor es que ésta no puede regresar a su cuerpo porque lo han incinerado”.

Carmen Navarro

Inexistente razón de luz desventurada.

Deshabitado desvelo. Turbia epopeya.
Nada.
Cuando tu luz mancha mis ojos
ausencia hay detrás de tu sonrisa,
vestigio sólo de tu memoria en mi retina.
Vano escalofrío de carne.
Cicatriz de estrella.
        Diminuto animal.

Francisco Pastor

Amor en descomposición

Cuando las raíces que sustentan el corazón se pudren
su rancia savia recorre nuestras venas una vez más
ahuecando las esperanzas
de la vida eterna, del amor eterno.

El gusano que habita en ellas despierta,
y devora con enfermiza voracidad las ramas del amor.
Caen las enredaderas del alma
sobre la ciénaga de la ilusión corrompida por la traición,
¿una vida eterna?, ¿un amor eterno?

El dolor y el placer se unen latido a latido,
fusionándose en un letal fluido tóxico
para atormentar nuestros pensamientos salvajes
una vida eterna, un amor eterno…

Nuestros despojos sibilinos
son engullidos por el hambriento helminto…
una vida eterna
un amor eterno,
un pasado anclado
a un futuro presente
que
nunca
llega…

Cristina Ortega Morales

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

Impressions

7.
"You say yes, I say no"

escampen els Beatles entre les teles de seda,
els penjolls de llavors màgiques,
mussols de la sort,
bandoleres de marroquineria,
mòbils que espanten els dimonis...
I el flaire necessari de les barretes
d'incens, de sàndal, de lavanda...
Rera el taulell, seixanta anys de hippie,
animen la clientela.
Per un instant, diria que no ha passat el temps,
fins que hem veig reflectida en l'espill,
i ni tu ni jo hi som.

"You say goodby, I say hello"

(a tu sempre)

8.
Mareja l'alegria que omple l'aire del matí.
El sol dibuixa l'escena idíl·lica
contra els ulls amagats rera les ulleres,
ulls perduts en els records
que no dormen ni de nit.
Xiquets que riuen,
parelles que s'abracen,
avis que passegen salutífers,
processó de diumenge vora la mar.
¿Es veritable tanta plàcida harmonia?
¿Cap altre cor plora absències,
cap altre cervell està boirós,
cap altre ànima sent penediments?
No deixaré que m'enganyi la capa gasosa
de rústica felicitat que envolta la platja.

Declaro: Una barrera de soledats,
una riada de melangies,
es passegen sense pudor
impedint-me les meves.

9.
Teresa, carinyo, la sal.
Teresa, carinyo, tabac.
Teresa, carinyo, aigua Vichy.
Teresa, carinyo, tinc ganes de ballar!

Teresa, sense ganes ni carinyo,
balla al so del masclisme
disfressat de marit ric i
encantador social.
Teresa no coneix la llum violeta
del nou dia,
i balla la dansa injusta, patètica
de l'anulació personal.

Teresa causa dol a l'entranya femenina!

10.
Tot depén d'onze parells de cames
i una pilota!
L'orgull, el futur, la història d'un país,
rodola per la gespa d'un camp de futbol suís.
No importen les hipoteques,
ni l'atur, ni el preu del petroli,
ni la mare que els va parir.
De tot això ens en fem un collar
perquè ens puguin enganxar millor
al tren borreguer de la gran patotxada.
¡El que importa es guanyar a les patades!
¡Arriba Espanya!
La testosterona recorre els carrers
i les cases,
esborrant dels cervells
les preocupacions i les cabòries.
¡Pobres de nosaltres si tota la glòria depen
d’onze parells de pilotes!
(farta d’Eurocopa de fútbol)

Mercedes Sanchiz Baell

La visita

Dentro de algunos años,
me cambiaré de piso, D. M…
Este será mi nuevo domicilio:
C/ Virgen del Remedio, cuadro 11, nº 17.

Esta casa la heredé de mis mayores.
Es soleada y pequeña, buena para dormir.
Tranquila, sin ventanas…
Para recordar los sueños sin mañana.

Espero tu visita, alguna tarde.
Otoño o primavera, el mejor tiempo,
cuando más verde y hermoso está este mundo.
Ni calor de verano, ni frío de invierno…

En vez de té con pastas,
te serviré el "café de los silencios"
y de acompañamiento:
Sabrosos "pastelillos de recuerdos".

Pasaremos un rato:
Espero una oración, por parte tuya,
a cambio, un gran vaso de amor,
te ofrecerá mi mano.

Con ello, brindaremos
por la eterna amistad y nos abrazaremos.

No hay pérdida, es una planta baja.
No hay ascensor, ni tampoco peldaños…
Te flaquearan las piernas
y te dolerán las rodillas, con los años…
Por eso, te lo advierto:
es una planta baja, es casa a piso llano…

Si yo puedo, seré quien te visite,
si no, espero tu visita cada año…
Por ánimas o por Todos los Santos…

¡¡ No dejes de venir a visitarme!!
YO TE ESTARÉ ESPERANDO…

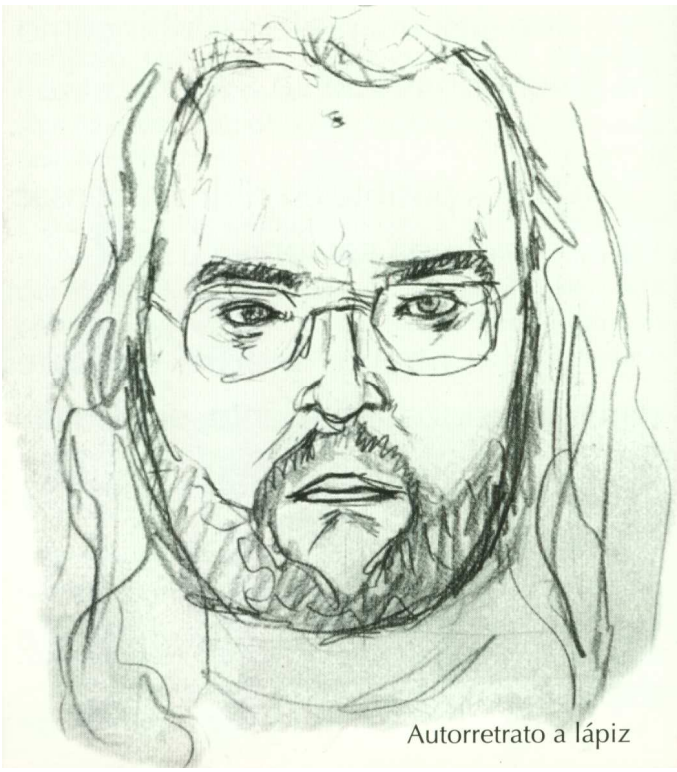
Rafaela Lax Ortuño

A la memoria

del artista

Juan Gervasio Ferré Luparia

pintor y poeta



Juan Gervasio Ferré Luparia nació en Buenos Aires, Argentina, el 22 del 5 de 1974. Fue el tercer hijo de Arturo Ferré Gadea y Elida Luparia Le Senne. En Septiembre de 1976 llegó a España en condiciones de repatriado junto a sus padres y tres hermanos. Vivió durante 12 años en la finca de sus bisabuelos paternos en la Calle Mayor nº 24 de Alicante.

Los estudios primarios y secundarios los realizó en el colegio Aire Libre, en el IES Figueras Pacheco, y en el IES Virgen del Remedio el bachillerato de Artes Plásticas y Diseño. Se licenció en 1997 en la facultad de Bellas Artes de San Carlos de la UP de Valencia en la especialidad de pintura. En 1997 fallece su padre e inicia un periodo de trabajo como funcionario interino en Institutos de Mallorca, Valencia y Alicante. En junio de 2005 ganó la oposición de profesor de dibujo.

El 7 de Octubre de 2006 falleció por enfermedad en Alicante, en la clínica Vistahermosa.

Deja 70 cuadros, 300 dibujos de pequeño formato, más de 400 bocetos, 78 poesías y 10 cuentos. En vida realizó una exposición individual en La casa de la Cultura de Novelda en febrero de 1998.

Después de su muerte, su familia expuso sus pinturas, ceras, acuarelas y dibujos en dos exposiciones, la primera, nuevamente, en Novelda, esta vez, en el Centro Tortosa (febrero de 2007) y la segunda en La Casa de las Américas de Alicante (febrero de 2008).

Últimamente la familia cedió de forma desinteresada a la fundación de Estudios Marxistas varios de sus dibujos para la edición del libro “El árbol talado que retoña“. Homenaje a Marcos Ana de varios autores. Editorial El Páramo – Septiembre 2009.

De su obra poética completa aún inédita han sido publicados algunos poemas y dibujos en la revista Malinche de la Casa de las Américas, nº 3 – junio 2008-. Otras han acompañado a los trípticos de sus exposiciones.

Oigo los perfumes

restos de la queimada.
¿Por qué no puedo gritar?
Suspiro por bueyes,
respondo a cuestiones sin reclamar
lados a lo mayúsculo.
¿Por qué no grito?
Mudo es el partir,
despedida sin conjugar,
apenas sugerida
de las aves en el mar.
Mimo y siento la soledad
¿Por qué no grito?
Ahuyento el interés,
las risas susurradas,
los versos han dejado de ser cartas,
el vacío no interesa.
¿Por qué no grito?
Oscilo en las rotaciones,
deseo las presencias,
ojeo las ausencias,
lamento la nada,
el vacío no interesa.
¿Por qué no grito?
Desesperación atolondrada
sin éxito.
Gimo pero no grito,
pongo equis en las firmas
anonimato absurdo
que une brevas,
el vacío no interesa.
¿Por qué no grito?
Pongo pies en suelos quebrados,
rotos,
rayados,
pongo manos en alas rojas,
fuertes,
débiles,
sin azúcar.

No miro,
no duermo,
no pienso,
no sueño.

¿Por qué no grito?
Rastreo los dominios de la brisa
me canso,
me canso,
sólo
rimo a las púrpuras
que caen sobre la hierba
la realidad me llora,
paseo en infiernos de intransigencia
el vacío no interesa
¿Por qué no grito?

Rompo escaparates
que enseñan a pensar
en una única visión.
Los puños no tocan milagros.
No intereso.
Consecuencias del ser anónimo,
rostros del vicio más peligroso.
¿Por qué no grito?

Aburro con la destrucción
sin piedad los juegos fatuos.
Hay olvidos
que crecen en la ignorancia.
Hay sangre
que se hunde en las venas arcadas.
Lo aburrido no interesa.
¿Por qué no grito?

Escucho agónico un canto.

El amor en sí mismo nos salva

de desesperaciones más profundas.

El miedo en sí mismo nos salva
de desconfianzas perdidas.

El odio en sí mismo nos salva
de la alegría traída del frío.

La belleza en sí misma nos salva
del desvarío de un laberinto recordado.

La vida en sí misma nos salva
de una muerte desatenta,
de un litro de sangre azucarada
de una gota de lluvia borracha
del sentido de la palabra.

Exilio

Quizás sea éste un buen momento para escribir un poema.
El frío hace sentir los huesos,
la pesadumbre acoge al desconsuelo
la luz escribe los surcos
con angustiante exactitud.

Los reflejos duermen,
la altruista visión de cerraduras
entra por el iris mohoso
de mi indescriptible sensación
acomodada en los pies del exilio.

Multitudes desprovistas en caminos
corridos en zapatos gastados
por andar volando bajo la tierra,
pánicos de despechos aquejados
con frustrante crédito de equis,
falso lamido de chocolate frío
ruedan antífonas catarsis,
funesta demostración de inanimados
saltimbanquis de decepción pelada.

Habrá que parar trenes.
Quizás no sea este un buen momento para escribir un poema.

A Arturo, mi padre
“Lucentum me genuit
pauperi rapuerunt me
tene nunc terra
cecina laetitiam, pacem et fraternitatem.“*

Elegía

En el interior de mi casa
se esconde entera la aldea
de cabo a rabo
de lado a lado
se encuentran
en cualquier rincón
multitudes
y personas muertas.

En el interior de su lecho
se esconde la luna nueva
esmerada,
maternal,
revuelta,
envuelve con sus sábanas
a mi padre arrastrado
por ser compás de su esfera.

En el interior de su corazón
imprescindible, cansado,
se esconde un lienzo
del blanco al rojo anaranjado
que pone en sus cabellos
almas, tierras, pueblos,
manos, continentes, océanos,
bocas, obreros, gritos.
Puños, movilizaciones, penas,
represión, refriegas, huelgas,
himnos, triunfos, proezas,
cárcel, verdad, pobreza,
clandestinidad,
expulsiones, exilios,
repatriación, y lucha,
escrita en arados
y total entrega.

Su apocalipsis de paz
nos coloca al fin
con reciedumbre estética
muerte, vida y sosiego
en el centro de la aldea,
nos deja en playas de ternura,
nos desparva con solvencia

libérrima, honesta,
las laboriosas huertas
al sentido
del desconsuelo.

*****Epitafio, a modo de Virgilio, redactado por los profesores compañeros de mi padre, del Instituto Figueras Pacheco, en su funeral cívico. Septiembre de 1997.

Traducción:

Alicante me engendró
los necesitados me cautivaron
de nuevo me tiene la tierra
(a mí, que) he cantado la alegría, la paz y la fraternidad.

Los párpados arrastran

a la húmeda hiedra
y la sienta en los álamos
a la voz de la tierra,
llega y no se queda
en el espasmo de las nubes,
ruidosas de metal
que rodea lo enfermo.
Lluvias de engendros
sortean la copulidad
con registros alternos
de belleza y realidad,
pensar en nombres no dados
caer entre encinas sofocadas,
gritar por la sangre en estampida
sollozar por los que no caminan.

Se aumentan dosis de mármol
a los que añoran la tierra,
se crean necesidades de palmeras
a los que gimen con manchas.
No sé cómo seguir escribiendo
si cuando escupo aliento
es como despertarme del mundo,
rascar en llagas de cuero,
sortear la infacundia,
mostrar la desdicha de adentro
a los que no miran
por detrás del sillón,
amar, si eso es posible,
con holgada podredumbre,
miseria de páginas
vacío
miradas que son una,
llanuras estabuladas,
falsos manteles de vitalidad
nos fecunde a todos
de ignorancia,
sublimice el alquitrán,
incendie, en general,
lo que nos quede de humanidad
y extraer energía donde no la hay.

Tendríamos que saber volar como las gaviotas

y así contener la ira en vuelo,
expandir gritos al cielo,
soltar lágrimas a las nubes
desplomar la tristeza al suelo,
colorear cantos de graznidos
y soplar miedos al viento.

Tendríamos que saber ver el vuelo de las gaviotas
y así liberar los sentidos del placer,
no consolarnos en fortunas marcadas
ni dejar de llevarnos el aire
a las cándidas sombras de la inconsciencia,
soñando que vemos
y oímos.

Tenemos que leer el vuelo de las gaviotas
y así reconstruir lo esquivo
colgar macetas en los balcones,
rugir ideas y silencios,
pensar en lo imposible
sustraer las estepas
ver si somos ciegos al lápiz.

Hay que ser una gaviota y así volar,
respirar,
raptar la brisa,
mecer el mar,
soñar, reír
no caer en bendiciones
y continuar.

Juan Gervasio Ferré Luparia

Juan Gervasio Ferré Luparia

HOSPICIO PARA HUÉRFANOS

Mi comportamiento con don Cipriano no enmendaba, sino que con sus castigos y el desmedido cariño en la privacidad del despacho, día a día empeoraba. Así lo dejé ver el día en que un carro y una mula llegaran al hogar de los internados, con los víveres de la semana. En aquel medio de transporte venían los alimentos para sustento de los muchos huérfanos en expósito de guerra, de represión, de posguerra y de expiración por hambre o epidemias: en los ascendientes de quienes allá estábamos albergados.

—¿Qué nos trae usted, Mariano? —preguntó María de las Mercedes, la monja madre, al carretero.

—Un saco de harina, dos cajas de zumo de melocotón, dos más de leche embotellada, arroz y fideos para los guisos, galletas, judías verdes, naranjas y patatas de la tierra, de nueva cosecha. Así como legumbres, sal, azúcar, verduras, frutas, etc.

Yo me acerqué al carro y me acurruqué junto a la rueda izquierda, donde pinchaba la tierra con un palo, la aupaba al viento y jugaba con ella. El carretero desvió la mirada, me vio fisgonear por las cercanías de su carro y:

—¿Qué haces tú aquí, pillín…? —dijo sin mayores relevancias.

—Nada… —respondí tímidamente y seguí sentado en el suelo, removiendo la tierra, junto a la rueda del carro.

—Miguelillo es un santo, un bonachón que se entretiene de la nada —dijo la monja madre.

—No toques nada, eh —advirtió el carretero.

Mariano descargaba la mercancía: cargaba los sacos sobre la espalda y las cajas a horcajadas; y uno a uno les daba traslado a las estanterías de la despensa del centro. Cuando terminó con el cometido de la descarga y almacenamiento, la monja madre le agradeció su labor, le firmó el documento de entrega y Sol María —monja joven y bella— abrió la puerta de salida. Hacia ella caminaba Mariano, iba sonriente, látigo en mano, azuzando a la mula que tiraba del carro, a grito alzado: ¡¡arre mula…!! Sin embargo, aún no había alcanzado el umbral de la puerta cuando una de las ruedas salió despedida del asiento de anclaje, volteó por el suelo y causó muy estrepitosa sonoridad, contra una papelera de latón. La mula se espantó y decenas de gorriones, alguna tórtola, dos palomas y un mirlo que posaron el vuelo en los árboles cercanos levantaron las alas en busca de mejor y más pacífico agüero. Aunque también el carretero perdió la estabilidad y salió despedido, en imitación a la rueda del carro: volteó del pescante y topó violentamente contra el rústico pavimento. Mariano pegó de lleno con las narices en la tierra y contra la gravilla del camino que la administración esparciera en la entrada del internado, para evitar el polvo y el barro.

—¡Dios mío y de la misericordia...! —gritó María de las Mercedes, la monja madre.

Mientras exclamaba de espanto y llamaba a voces a las demás hermanas de la caridad, ella se acercaba a la carrera, a socorrer a Mariano, el carretero.

—¡Mariano! ¡Mariano! —llamaba repetitivamente la joven y bella monja, Sol María, mientras también corría y se unía a María de las Mercedes, para socorrer al accidentado.

El carretero permanecía tumbado en el rústico suelo, quejumbroso, sin aliento, con la boca hacia abajo, sobre la grava y la tierra. Desde aquella postura giraba la cabeza, para de vez en cuando escupir restos de saliva y sangre, mezclados con otros residuos e hierbajos terrenales que le dificultaban la respiración. A la vista, sin embargo, dejaba ver la cara sucia, rugosa; excesivamente pálida, y tan asustadiza que ni hablar podía. A

trancas y barrancas, con ayuda de varias monjas se levantó del suelo, con la nariz sangrante y arañada, la gorra desparramada, el pelo enmarañado, sobre los ojos, y un tembleque de piernas que apenas si le mantenía en pie.

—¡Ay, ay! —se quejó el carretero.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo está usted, Mariano? —preguntó María de las Mercedes, la monja madre, mientras analizaba el entorno del carro, del vestuario y del cuerpo del carretero.

—Pero ¿qué ha pasado, Mariano? —preguntó Sol María, la monja joven y bella, y prosiguió— ¿Cómo se ha caído usted tan bruscamente del pescante del carro?

El carretero las escuchaba, pero aún no podía reproducir palabra, permanecía en silencio, aturdido y sin aliento. En aquel estado seguía removiendo la cabeza para despejar los "fantasmas" de la caída y para escupir granos de tierra, entre saliva y sangre, sin saber muy bien qué le había pasado. Las monjas, hermanas de la caridad, presentes y llegadas, en cambio, lo cogieron casi en volandas y lo metieron en el edificio, lo tumbaron en la camilla de la enfermería, lo desnudaron por entero, le lavaron las suciedades y curaron algunos arañazos y hematomas. Una vez repuesto, más dolido por el despelote ante las religiosas, y por la visión de sus calzoncillos largos, agujereados y ennegrecidos, que por el dolor de las heridas y los hematomas, salió de la enfermería más pálido que cuando entrara en volandas, sobre los brazos de las monjas.

Mariano llegó al jardín, aún desalentado por el despelote empezó a comprobar el alcance de la avería; y a buscar el motivo que provocara la salida de la rueda que espantara a la mula, y a él mismo lanzara por los aires. En ello andaba cuando comprobó que al eje central, el que unía las dos ruedas, le faltaba el bulón de anclaje de la parte izquierda: el bulón solía ir asegurado con un pasador de seguridad, y tampoco estaba.

Mariano los buscaba entre las plantas del vergel y los aledaños, pero ninguno de los dos artilugios aparecía. Sin embargo, y, aún disgustado, esperaba encontrarlos para reponerlos en su sitio, reanudar la marcha y atender las necesidades de otros hospicios, pero nada... Mientras tanto, yo le fisgoneaba a él, resguardado entre las ramas de una fila de pequeños setos vegetales, bien cuidados por el jardinero del centro. Desde mi escondite advertía yo que el carretero removía la cabeza, bajo signo de negación e incredulidad. Pese a ello, cómo intuyendo anomalía, algo excepcional, desistió de la búsqueda, levantó la mirada al cielo, llevó la mano a la barbilla y tiró de recuerdos.

—¿A dónde está el chiquillo que jugaba junto al carro mientras yo descargaba la mercancía? —preguntó a la monja madre.

—¡Ah, sí…! Ése era Miguelillo. Pobrecillo mío, es tan buenazo que se habrá asustado con el espanto y el ruido de la mula, y vete ahora a saber por dónde andará…

—Miguelillo no se asusta tan fácilmente —añadió Sol María, la monja joven y bella.

—Sí, Sol María —respondió María de las Mercedes y con la mirada imploraba confidencia y silencio a la joven monja.

—El pobre diablillo se habrá asustado con el escandalizar del carro y vete a saber por dónde andará —añadió y repitió la monja madre.

—No, sé, no sé, hermana —respondió Sol María, algo ingenua, y un tanto aturdida.

Pese a ello, ante la indirecta del carretero, yo sí noté que María de las Mercedes, la monja madre, escabullía una respuesta convincente e intentaba defenderme a mí, a pecho descubierto.

—Seguro que ha sido ese granujilla quien ha hecho la fechoría —añadió el carretero.

—No, Mariano, no, ¡por Dios! —respondió María de las Mercedes—, no sea usted mal pensado, el niño es muy pequeño para acometer tan grandes diabluras.

Las monjas me conocían muy bien. Entre ellas cruzaban miradas furtivas, de complicidad y preocupación que acrecentaban con el enfado del carretero.

—Dónde… ¿A dónde está ese mocoso? —preguntó el carretero a la grupa de la ira.

—No lo sé —dijo María de las Mercedes.

—¡Miguelillo…!

Empezaron a llamarlo media docena de monjas, a coro, bajo estupenda escenificación teatral, en complicidad unificada. Y continuaban falseando llamadas teatrales: todas a una.

— ¡Miguelillo…! ¿A dónde estás, Miguelillo…?

—¿No aparece, Sol María? —preguntó la monja madre.

—No, madre. No sé a dónde se habrá metido nuestro pequeño hijo de Dios Todopoderoso —respondió a la esquiva.

Yo las escuchaba, aunque prefería seguir escondido, ausente y sin responder. Las monjas, en cambio, ante el nuevo cariz que se les presentaba con el agravio y el enfado del carretero, intuían lo peor y simulaban...

—¡Ay Dios mío! —dijo María de las Mercedes, la monja madre—. A que se nos ha fugado otra vez cuando dejamos entrar al carretero.

—No, madre, —respondió la ingenua de Sol María, monja joven y bella— yo misma abrí y cerré la puerta con llave y le aseguro que me cercioré de que no hubiera nadie por las cercanías.

—Estás completamente segura, hija mía —la monja madre le guiñó un ojo y prosiguió—, de que Miguelillo no ha escapado cuando tú has abierto la puerta para dar entrada a Mariano, el carretero.

—Sí, madre, completamente segura.

—Pues vamos, vamos a buscar a ese granujilla porque presiento que una vez más nos “ha dado hueso por filete de palo” —dijo en voz baja, a espaldas del carretero.

Las monjas comenzaron a buscarme entre los entresijos de las plantas del jardín: setos vegetales, geranios, gladiolos, rosales, helechos, cañas, higueras silvestres, palmeras, cipreses, abetos, llorones, moreras, adelfas, laureles, olivos, claveles, margaritas, algarrobos, pinos, enredaderas...

Yo las escuchaba, las veía entre morbo y risa y me acurrucaba más, sobre mí mismo; entre los pequeños setos, limítrofes de jardines y los pasillos del patio. Desde aquella postura las veía rebuscar entre las plantas y, con tanta energía que hasta las mariposas salían violentadas de los geranios, helechos, rosales, romeros y otras variedades. Sin embargo, yo seguía quedo, me entretenía pinchando las lombrices de la tierra húmeda; las enrollaba en un palo y desde allí, ajeno al evento, veía la que se fraguaba... El carretero, en cambio, no era tonto, ni tan siquiera lo aparentaba. Mariano había indagado en situ, sobre el eje del carro… Por el modo de colocar la vista en la lejanía y aupar la gorra sobre la frente y el cráneo, yo presentí que auguraba un mal presagio: “su persona y su carro podían haber sido víctimas de un sabotaje, a saber…”

Con aquella lejana, aunque presunta sabiduría, el carretero parecía imparable. Y cada vez más alterado reclamaba hablar con don Cipriano, el administrador provisional del centro de acogida para huérfanos. Yo escuché aquello del diálogo con don Cipriano y entonces sí que empecé a temblar. De tal modo que hasta los setos de mi entorno se balancearon. Aunque, para colmo, un mirlo tuvo la desfachatez de intentar aposentarse donde yo estaba: oculto entre el follaje. Me vio en su posada y salió aireado de mi entorno. Una tórtola también se asustó, levantó el vuelo de un árbol cercano y provocó que los gorriones y algunas palomas revolotearan violentadas.

Mariano era “maño” natural de Zaragoza, y también zorro viejo, acaparaba buen instinto de cazador; a lo que añadía la vista de un águila al acecho, en certera práctica de lanzamiento y atrape de ratones y conejos, desde firmamento nublo o despejado. Además gozaba de experiencia en distintos combates de guerra. Mariano anduvo de corneta en la contienda bélica de la guerra civil. Y aunque fue gravemente herido y evacuado de la Batalla del Ebro aprendió mucho sobre tácticas civiles y militares. Mariano levantó una vez más la nariz al viento, olisqueó la brisa y en menos que llega el estornudo al constipado noté un zarpazo en mi hombro, el disparejo y malogrado por el tirón de mi abuela.

A la brutalidad del agarre le acompañaban unos dedos en pinza de bogavante que atenazaron mi oreja con la mismísima presión del crustáceo.

—¿De dónde has sacado el bulón y el pasador que escondes entre las piernas y el suelo? “¡pues!” —preguntó en dialecto maño— ¡Pedazo de golfante! —añadió el carretero.

Aunque sin esperar respuesta mía tiró violentamente de mí oreja. Mis manos se agarraron a su brazo y oreja y cuerpo salimos juntos, en volandas. Gracias a ello, mi oreja no se fue sin el cuerpo, entre los dedos en pinza de bogavante del carretero...

—¡Ay, ay, ay! —grité yo de miedo y de dolor

—¡Ay, por Dios, Mariano! —gritó también Sol María, la monja joven y bella.

—¡Animal, pedazo de animal! —añadió María de las Mercedes, la monja madre—. ¡Suelte usted al crío que está sangrando! —añadió.

—¡Bárbaro, animal, salvaje e inhumano! ¡Dios te castigue por ejercer la crueldad sobre tus jóvenes hermanos! —enfadaron más hermanas de la caridad.

María de las Mercedes me arrebató de las manos del carretero. Sol María se unió a ella y corrieron conmigo a la enfermería, desde donde la monja madre mandó llamar a don Esteban, el médico: mi protector. Sol María cortó la hemorragia, limpió la sangre que brotaba de mi oreja y cuando llegó el médico me dio un buen reniego y ocho puntos de sutura.

Agustín Conchilla Márquez

Los poetas somos agua

Los poetas somos agua
que de un manantial brotamos,
nos curtimos en la fragua
y como humo nos vamos.

Los poetas somos agua
que de un manantial brotamos.

Trinitario Rodríguez

El porvenir

del llanto

Llorar así, sin derramar la lágrima,
sin que se rompa el silencio leve…
Llorar así, sin el menor sollozo…
… pero a llorar así nadie se atreve…

Resulta más sencillo llorar siempre
como siempre y por siempre se ha llorado.
Al fin y al cabo el ser humano llora,
y está bien aprendido y enseñado.

Pero a veces también algo hay de falso
en el llanto vulgar, el que aprendimos:
Lloramos porque vean que lloramos,
no es dolor de verdad el que sufrimos.

Aunque tal vez podamos ser capaces
de huir, en esto, de la monotonía,
de que siempre se hizo así desde hace siglos,
de que nadie va a cambiar en sólo un día.

A ver, desaprendiendo lo aprendido,
si aprendemos a llorar de otra manera:
la que aún usamos hoy ya está gastada,
ya no nos quedan lágrimas siquiera.

Nos ha hecho tanto daño tantas cosas..
y la felicidad nos hace falta…
A ver si un día nos deslagrimamos
y alcanzamos la risa limpia y alta.

A ver si un día el hombre ya no llora
ni implora o reza a Dios. Pero sí grita,
sí exige que haya paz y fe y aurora.
A ver si entonces nadie
ya el llanto necesita.

Francisco Alonso Ruiz

E l c o l o r

El color de tus manos recibido
ha llegado a mis ojos de poeta,
y viéndose desnuda, el alma inquieta,
con trozos de pintura se ha vestido.

El corazón aviva su latido.
Los pigmentos, saltando en la paleta,
-verde, amarillo, azul, rojo, violeta-,
derraman sobre mí su colorido.

El negro fue el color de mi pesar,
de mi esperanza, si la tuve, el verde,
mi herida fue color rojo sangriento,

mis lágrimas tomaron el del mar,
y los suspiros que mi pecho pierde
son grises transparentes, como el viento.

Miguel Gutiérrez García

Si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven
luego París te acompañará, vayas donde vayas,
todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue.
(De una carta de Ernest Hemingway a un amigo 1950).

Los me acuerdo de...

Me acuerdo de los días lluviosos en París.
De sus falsas primaveras.
De los jardines de Luxemburgo.
De sus estatuas deseando conversar.
De aquella revista con los progresos
de “La revolución cubana”.
De la fiesta anual del PC Francés.
De las manifestaciones en contra
de la muerte de Grimau.
De los mineros de Asturias en huelga.
De mis visitas a la “prefectura”
para conseguir el visado.
De la foto de carné con cara de espanto.
De las interminables avenidas.
Del autentico sabor a café.

Y me acuerdo de mi primer picú “bandolera”.
De mis primeros discos en 45 Rpm
De mis alegres encuentros con la familia
gracias a los francos ahorrados
y de mi triste vuelta a Francia sin un duro.
De la grandiosidad de Edith Piaf,
alma y musa de Jean Cocteau.
Del glamour de Juliette Gréco, musa
existencial del Saint-Germain–des-Prés.
De mi buhardilla de 2 X 2 y mi tímido francés.
De cuando Cesar Vallejo predijo, aquello de...
“Moriré un día triste y lluvioso en París”
De la librería de la place Saint Michael
y de sus viejos libros de ocasión.
De los personajes que hicieron historia como
Ben Bella, Juan XIII, Castro, John F. Kennedy,
Mao, Nikita Jruhchov, De Gaulle, Churchill.
De aquel septiembre envuelto en nubes,
sentenciando un prolongado invierno parisino.

Y también me acuerdo de un París de luto:
¡Atention¡ ha muerto Gérard Philipe.
De “Viridiana” y del “Perro andaluz”.
De “Fedra” una tarde de tormenta en la Costa Azul.
De la emisora de radio “Ici Paris”
con Julián Ramírez y Adelita del Campo.
De los ecos de tortura en España,
de los últimos muertos al garrote vil.

De mi escogida y obligada soledad.
De una noche en el Olimpia con Beau,
y de otra despidiendo el año en el Pigalle.
Del Sena con su carga gris ondulante.
De mis últimos céntimos para un café.
De François Mauriac y su nido de víboras.
De la "Alliance Française" y su entorno.

Y para quitarme el sueño, me acuerdo
de la gramática francesa.
De los chiflidos del estómago hasta cobrar la paga.
De las Madames erguidas y enfadadas
con su ¡s´il vous plaît! permanente y odioso.
De los Messieurs sin sustancia.
De Emilio Zola y su indigesto París.
De la bohemia de Montmartre y “ses frites”.
De las eternas paradas en la frontera
de Irún o Hendaya.
De algunos policías con cara de metal.
De los bocadillos de camembert revenidos.

Pero también de la tibieza de un domingo parisino.
Del ¡Bonjour tristesse! de la Sagan.
De mi máquina de escribir de segunda por 30 francos
y de mi cámara de fotos por otros 30.
De los coros del ejército ruso, Kalinca
y las campanas a media tarde.
y la petite musique de nuit de Mozart.
De la independencia de Argel y sus atentados
en el viejo París al caer la noche.

Sí, con nostalgia me acuerdo de Saint-Exupéry
y su Principito.
Del silbido del tren de Richard Anthony
de “Tous les garçons y les filles”
de Charles Aznavour y su triste Venecia.
del twist de Ray Charles
de la bondad de Víctor Hugo.
De los clásicos rusos sin terminar.
Del cementerio Père Lachaise.
De su alargada paz bajo un ciprés.
De mi incertidumbre permanente.
De mi libertad sin saber qué hacer.

Y me acuerdo vivamente de
que fui feliz a pesar de todo.
Y yo le pediría a Paris, como Jacques Brell
a su amor:
“Ne me quitte pas, ne me quitte pas
ne me quites pas”

Mati Bautista

Lo que viste
sin tus ojos

Si tus ojos no me han visto caminando sobre aguas de penumbra
si tus manos no han rozado mis melodías trágicas y groseras
si los años del desastre son todo lo que esperas
dime si tus ojos pueden ver las fieras que me acosan
la muerte que nos llama
las dudas que te arropan.

Escribo para quien no lee y ensayo mil sonrisas
asisto al último suspiro de las voces más hermosas
y sigo sin creer a esos que me avisan
de la espantosa tristeza
de las puertas blindadas, de la suerte perezosa
que me desprecia y se fustiga
que me obliga con firmeza
a olvidar aquellos ojos que no vieron mi caída
a curarme en otras manos las tormentas de la vida.

Si tus ojos no me vieron marchar como un perfume barato
si tus ventanas se estrellaron contra el recelo y la amargura
tal vez mis heridas en otras manos ya no tengan cura.
Por necio e insensato
puede que mi caída sea merecida
y me arrepiento de los golpes que tuve que esquivar
para no perder mi estela
sin volver la vista atrás.

Gonzalo Piera

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

Bajo la noche llora

la piedra su negrura
bajo la noche yo,
mi lastimado sueño.
Y lloran los luceros
su dura lejanía
y la brisa llora
en mi lastimero sueño.

Llora el camino
pariendo pedregales
los que no busqué,
los que mantenía
ocultos en la rúbrica del viento
creciéndose a la vera
de la senda herida.

Llora todo el norte
de mi amor sincero
que en el sur dejó
su latir sin vida,
y llora el barro
entero tremolando
bajo la cúspide rota
de mi triste arcilla.

Llora todo porque hoy
es todo un llanto,
una región
de luces demolidas,
una estación
de pájaros con dientes,
de ciervos
con mandíbula homicida.

Un atento cristal, voraz
me ha asesinado,
un frío espejo de nácar
hecho espina,
una rosa preñada
de cuchillas
ha dejado mi cielo aniquilado.

Julia Díaz Climent

¡VAYA CON LA MIERDA!

Por diversas circunstancias yo tenía que presentar mi investigación sobre los habitantes de la región en perfecta consonancia con lo pactado con el grupo dirigente. El fracaso estaba patente. Los habitantes no se habían prestado al soborno, había que improvisar otro tipo de acciones más o menos coherentes. Y así lo hice. He aquí el resultado. Me instalé ante el ordenador y redacté mi informe que rezaba así:

Señores implicados:

Emprendida la operación níspero con nulos resultados, paso a ponerles al corriente de los pormenores que me llevaron a cambiar de táctica. Espero lo tengan en cuenta a la hora de la gratificación y el recuento de sus beneficios.

Los cultivadores de nísperos insisten en acrecentar la producción de sus árboles. No quieren saber nada de un subsidio sustitutivo en euros, sin recoger los frutos que esta región ofrece en abundancia y calidad. Contemplé la posibilidad de manipular los abonos que producen tan opíparos resultados. Como sabrán, sin duda, ustedes, los agricultores usan los excrementos de cabra que recogen en bolsas que sujetan a las ancas de las tales y que después de manipuladas, molidas, esparcen cuidadosamente al pie de los árboles Así van realizando esta operación manual en los huertos en los que crecen los árboles. Entonces yo con una cuadrilla de ayudantes apliqué una operación táctica que produjo malos resultados. Con una avioneta rociamos los pastos que frecuentan las cabras. Desde la avioneta se lanzaba una sustancia a base de sen que produce unas diarreas que las bolsas no pueden contener porque son de tela de saco y vierten el contenido. Los afectados recurrieron a los veterinarios y a miles de remedios sin resultado. Al carecer del abono adecuado los nísperos empezaron a secarse y presentar un aspecto amarillento y a ser atacados por el mildiú y así conseguimos la muerte de los árboles. De momento los cultivadores con los que experimentamos no han descubierto el truco. Sospechan de las avionetas del SEPRONA que protegen los bosques de la región. No se consiguió tal resultado sin producir daños colaterales: los quesos. Los quesos producidos por la leche de las cabras que pastan en estos montes, que son únicos en España por su sabor especial. Las cabras sometidas a este desgaste mierdil no dan leche. Claro que con la entrada en sus bolsillos de tan pingüe emolumento, de los mercados emergentes podrán exportar queso sustitutivo a precios interesantes, pongamos por ejemplo, y deshacerse de una vez de estas frutas que nacen aquí, que son tan exquisitas y que no tienen parangón, pero que a ustedes no les reportan ingresos ni amigos; les conviene más que se comercialicen desde otros países pues resultan más baratas contentan al consumidor y llenan los bolsillos. Yo por mi parte, cobrado el cheque ¡gracias por su largueza! y cumplida la misión, los mando a la mismísima mierda y que con su pan se la coman.

POSDATA: Les mando un sobre con unas cagarrutas antes del tratamiento por si quieren someterlas a un análisis, puede que en ellas encuentren algún tipo de sustancia que valga más que el petróleo.

Airam Lebasi

Si hubiera

II

Si Dios…
Si tú…
Si hubiera algo
un súbito destello
anclado en pecho de palomas
devenir de sedas
clamorosamente íntimas
algún gozo ascendiendo
a la incorrupta levedad
de la garganta
orquídea trémula
esperando al otro lado
o en otro confín apenas habitado.

Si tú…
Si yo…
Si Dios…

Si una pulsión hubiera
tañendo las venas
ríos de barro, mareas infinitas
o reflujos de mirada.
Si hubiera algo más allá
de la terca presencia del amor
una respuesta muda sin pregunta
el brinco del vértigo
de ti
de mí
de Dios.

Si hubiera
¡Ah, si hubiera!
toda mi piel humana
sería nube de taos
esperma de estrellas
lecho tibio de azules quimeras.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

CERVANTES EL LETRAHERIDO

¿Cómo nació la pasión de Cervantes por la escritura? ¿Cómo llegó a ese estado de amor incondicional a la literatura que a quien lo padece hemos dado en llamar "letraherido"? Indudablemente a través de los libros. Es probable que su afición a la lectura se iniciara en su época de alumno de los jesuitas, quienes le enseñaron a leer, escribir y a participar con sus compañeros en la representación de obras dramáticas.

La infancia de Cervantes transcurrió entre grandes estrecheces económicas y peregrinajes de ciudad en ciudad. Su padre esperaba con los cambios de residencia, encontrar la oportunidad de vencer la pobreza que aquejaba a su familia. Pero la suerte le fue siempre adversa, hasta el punto de acabar encarcelado por deudas y embargados sus modestos bienes. ¿Cómo influirían estas circunstancias en el espíritu de Miguel? ¿Huiría de ellas refugiándose en la lectura?

Sabemos que no hay escritor competente que no haya sido primero un fervoroso lector. Si damos un repaso a los libros que se citan en el escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la biblioteca de D. Quijote, supondremos cuántas horas habría dedicado Cervantes a su lectura y que los libros que salva de la quema estaban entre sus preferidos.

La primera noticia que tenemos del quehacer literario de Cervantes es de 1568, fecha en la que se encontraba en Madrid como discípulo del humanista López de Hoyos. (Por la pobreza de su familia nunca pudo acceder a la universidad). Supervisado por el citado López de Hoyos, se publica un libro en homenaje a la difunta reina Dª Isabel de Valois, y Cervantes colabora con cuatro poemas en los que se advierte la influencia de Garcilaso.

Miguel de Cervantes Saavedra, de I. Brocos

Desde 1568 hasta su muerte Cervantes nunca dejará de escribir a pesar de los avatares de su novelesca vida y de las situaciones extremas a las que se vio expuesto. Cuando huye de la justicia, está escribiendo; cuando conoce la Roma pontificia y su refinamiento, está escribiendo; cuando se alista de soldado; cuando participa en la batalla de Lepanto; cuando le hirieron; cuando fue felicitado por D. Juan de Austria por su heroísmo; cuando le cautivaron; cuando intentó fugarse; cuando fue rescatado, está escribiendo. En todas estas circunstancias, con la pluma o el pensamiento, está escribiendo. Siguió escribiendo al volver a casa y comprobar que todos los sacrificios y peligros arrostrados en su vida militar al servicio de su país y de su religión, son ignorados, cuando no, despreciados. Escribía también cuando recorría los caminos andaluces como comisario de abastos, con la ingrata misión de requisar víveres con que dotar a la armada llamada Invencible; escribía cuando, por este trabajo, tuvo oportunidad de conocer gente de toda calaña: pícaros, modestos campesinos, funcionarios inmorales… Escribía en la cárcel que visitó en varias ocasiones y donde él mismo reconoce engendró al héroe más famoso de la literatura.

Y es que el escritor verdadero no deja de serlo ni durmiendo. De manera más o menos consciente su cerebro atrapa, asimila y archiva toda la información que le llega a través de los sentidos y que en el momento más inesperado dará vida a la idea. Ésta surgirá, depurada y radiante, como las plantas nacen del sustrato abonado.

La Galatea, el Persiles, El trato de Argel, los baños de Argel, Las novelas ejemplares, comedias, entremeses, poemas, sonetos, canciones y, sobre todo, D. Quijote de la Mancha, cima de la literatura universal, que tuvo un éxito clamoroso y que describe la lucha entre el idealismo y el materialismo, componen la obra de Cervantes, el inventor de la novela moderna.

En 1614 apareció una fraudulenta segunda parte del Quijote, firmada por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, quien trata de aprovecharse del éxito de la obra de Cervantes al que en su prólogo moteja de viejo y manco. Por su conocimiento de la condición humana; por su honda experiencia literaria y con los literatos y, sobre todo, por la nobleza de su carácter que comprende y disculpa, dice Cervantes dirigiéndose a Avellaneda: "*no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son las tentaciones del demonio y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento de que puede componer e imprimir un libro…lo que no he podido dejar de sentir es que se me tache de viejo y de manco, como si en mi mano estuviera detener el tiempo que no pasara por mí, o como si mi manquedad hubiera nacido en una taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, presentes y esperan ver los venideros…"*

En Madrid, el 22 o el 23 de abril de 1616, en su domicilio de la calle del León, y en la pobreza, premio que suele dar este país a sus más preclaros hijos, murió Cervantes. Fue enterrado en el convento de las Trinitarias Descalzas de la calle de Cantarranas, (hoy de Lope de Vega).

María Rosario Mohinelo

Confiando en que Cervantes no hubiera tomado en cuenta mi atrevimiento al escribir estas líneas y adjudicarle el término actual de letraherido, porque bien sabe lo que son "*las tentaciones del demonio",* me he decidido a hacerlo. Vale.

Bibliografía:

Gullón, Ricardo. Diccionario de Literatura española e iberoamericana. Alianza Editorial, Madrid 1993.
Díaz Plaja, Guillermo. Curso general de literatura. Ediciones La Espiga. 1941.

La náusea

Yo era la raíz de castaño
(Jean- Paul Sartre, *La náusea*)

Para A. Zardoya

Ilustración de Juan Gervasio Ferré

Decía ser con los ojos vidriosos
derrotada la página.
Afuera, enterrada sobre la noche,
viles los corazones
persiguen y dibujan
del contorno figuras
erguidas por el éter.
Desde la lumbre cae
acorazado el fuego,
de la boca los cielos
y del llanto –hermano que todo extingue-
precipita la ausencia
más ridícula del ser.
¡Oh ancianas deudas que contraje un día!
¿qué será del principio?
Dejadme responder:
Hallar silencio entre la gleba verde
como harapientos premios
anticipo más cruel de la muerte.
Ciudades de este mundo
que construyen la vida
miserables las leyes,
mercaderes y sombras
para ser –intentar dejar de serlo-
mero permanecer mudo del tiempo.
¡Afuera, sigue afuera,
callad, os lo suplico!
Afuera los ventanales florecen
bisoños de las casas,
afuera nieve inundan las palabras,
afuera los campanarios habitan
de las entrañas ruido
como nunca de unas alas supieron.

¿Qué interesan entonces
las lápidas del sueño?
¿Qué del feroz aliento,
qué de mí y los espejos?
Dirán a mis espaldas
que la piedra quiso ser más que piedra.
¡Oh fácil razón complacida con hambre!

Callarán pues cuando rojos los lirios
amanezcan sobre altos los tejados
para al fin comprender
que una música rige
desnudos ríos ocres.

Que la piedra persiste
en su lucha con el gris,
mientras el sol abrasa
los campos derruidos
del corazón de acero.
Apagad los faroles
que amenazan las voces
desde los rudos ecos.
Será entonces un ejército de almas
sudando y musitando
por las avenidas de la triste urbe
quién dé sentido al genocidio del mar:
la vida en palabras del desdichado,
la vida en palabras de Gil de Biedma.
Comprendido el abandonado nácar
quedarán escritos con el destino
designios y veranos.
Existir, existir por existir
y sin ningún pretexto
como gime todavía el gramófono
a lo lejos del alba:

Some of these days
You´ll miss me honey.

Manuel Valero Gómez

Con insomne cariño

inextinguible

Es hora de apiadarte de ti mismo,
de tener compasión de tu persona.

Nadie ha de ver tus lágrimas calladas.

Inútil es forzar altivos gestos.

Recógete, no atiendas llamadas de ninguno.

Nada debe apartarte de ese vertiginoso desenlace.

El fondo del abismo está tan próximo
que es imposible resistir su acoso.

Él es el que te lleva,
él que te empuja
al fondo de la ruina.

Tu voz se pierde
entre tanto despojo
y tanto escombro.

Todo pasó, y tan sólo
son sus cenizas las que te edifican.

Mas no debes huir,
y no es posible
que un súbito telón
o una engañosa argucia
oculte el escenario.

Debes mirar, llenarte
de ese rumor de muerte
que te cerca.

Manuel Parra Pozuelo

Y será…

Y será, tiene que ser,

o moriré de pena,
de instantes de piedra mancillada y rota
de cadenas podridas en luces de memoria.

Y será, tiene que ser, o moriré esparcida,
rodándome en estériles plegarias,
mordiendo el resplandor de esta luna yerma.

Y será, tiene que ser, o moriré de espanto
en esta vida henchida de navajas.

Y será, tiene que ser, antes que muera,
antes de que la sangre se coagule,
se haga roca, espasmos contenidos
asidos al hedor de la carroña.

Y será, tiene que ser
antes de que el alma se acostumbre
a vivir en el tiempo del espejo herido,
de la sombra loca.

Y será, tiene que ser,
en medio de la fragua, ardiéndome la boca,
comiéndome la vida entre tus ojos,
llevándome a la grupa de tu vida.

Y será, tiene que ser,
te espero, amado, acudiendo
hacia mí, cántaro y copa.

Y será, tiene que ser,
estás tan cerca que no te reconozco
sabiendo que galopas en medio de mi pulso
debajo de mis ropas.

¡Y será, tiene que ser!

Julia Díaz Climent

VISITA SEMANAL

En aquel banco de madera arropado por el ángulo que formaba el edificio se disfrutaba plácidamente del tibio sol de diciembre y del jardín, pues, a pesar de la época del año y gracias al bendito clima de la tierra, aún quedaban algunos rosales floridos y grupos compactos de margaritas erguidos al borde de los caminos. Al frente, detrás de la reptante línea de la carretera por donde habíamos venido, se divisaba el mar envuelto en una suave bruma. El pino cercano a la puerta de entrada que el año anterior había visto arrancadas sus ramas por el vendaval, permanecía en pie, mostrando sus cicatrices con cierta arrogancia. La única nota invernal era la vacía piscina, prisionera tras el enrejado de seguridad, con las polvorientas entrañas al aire, por donde se paseaban tranquilamente los insectos.

En cuanto sacamos la bolsita de los bizcochos algunas se acercaron, al principio, con timidez, hasta acabar formando un semicírculo; en realidad siempre venían, hubiera o no bizcochos. Se hicieron repetir el ofrecimiento un par de veces y dieron las gracias muy finamente antes de ponerse manos a la obra. Pronto acudió el gato persa de suave y largo pelaje y comenzó a restregársenos por las piernas al tiempo que aprovechaba las miguitas que caían al suelo. Nosotras, sentadas en el banco y repartiendo bizcochos, debíamos de parecernos a esos amantes de las aves que dedican parte de su tiempo a alimentar a los gorriones y palomas de los parques.

-¡Qué buenos están! –exclamó Lolita mientras los saboreaba- ¿Puedes darme otro para Rosa que está dentro?- Y corrió a llevárselo a su amiga, aunque no tardó en volver. Aquella tarde, la risueña Lolita, con su nuevo chándal, estaba más guapa que de costumbre.

Asunción, la de Elche, hizo un alto en sus continuos paseos para coger los dulces, al tiempo que nos susurraba al oído, antes de reanudar su inacabable caminata: “Se han ido a buscar al chiquillo.”

Cuando se terminó el reparto continuaron con nosotras, alegres por nuestra compañía y contándonos sus cosas.

-Me llamo Ángeles y soy de Callosa, -dijo la nueva. –Esta tarde va a venir mi madre para llevarme al pueblo-.

La valenciana hablaba tan rápidamente que no lográbamos entenderla.

En esto, Juanita señaló algo semioculto tras unos arbustos: “Mira, mira, aquellos son mis pantalones”, y de dirigió hacia el tendedero que soportaba todo un muestrario de ropa puesta a secar. Agarró unos pantalones, tiró de ellos con todas sus fuerzas, los desprendió de las pinzas y los dobló hasta formar una pelota que se metió debajo del brazo.

María, la gobernanta, que salía en ese momento de la casa, la vio y se los quitó no sin trabajo, al tiempo que decía:

-¿No sabes que eso no se hace? La ropa está puesta a secar y no se juega con ella.

-Pero, si son mis pantalones -se justificó Juanita- Dámelos.

-No puede ser porque están mojados-, replicó María.

-Idiota, -gritó Juanita- Ladrona, no me los quites, son míos.

-No te pongas así, en cuanto se sequen te los daré-. Luego, dirigiéndose a nosotras, preguntó:

-¿Os molestan?, es que no hay manera, no sé cómo decirles las cosas.

-¡Qué van a molestarnos, mujer! Encantadas de estar con ellas.

Asunción se acercó nuevamente al grupo; llevaba una naranja verde en la mano, de las caídas del árbol y masticaba alguna cosa. María la obligó a abrir la boca y, como pudo, le fue sacando parte de la piel de la naranja ya medio triturada.

Dirigiéndose a nosotras, añadió: “Esta se mete en la boca todo lo que pilla, hasta he tenido que quitar la maceta grande del recibidor porque se comía las hojas…” y, volviéndose hacia Asunción, dijo: “Luego te pondrás mala y te dolerá la tripa.”

Asunción la miró con rabia y comenzó a lloriquear.

¡Ay, Dios mío, que tarde me estáis dando! -Se lamentó María-. A ver, Conchín, ¿Por qué no recitas ese verso tan bonito que te sabes para que se distraigan un poco?

La alegría brilló en los transparentes ojos azules de Conchín al oír el encargo, y comenzó sin hacerse de rogar: “Mi carta, que es feliz pues va a buscaros, cuenta os dará de la memoria mía…” pero ahí se atascó y no encontró manera de continuar.

Después de insistir sin éxito un par de veces, pensó que lo mejor era entrar en la casa y repetir a sus compañeras el fragmento que recordaba. Así lo hizo para volver al momento acompañada de Rosa a quien endosaba la misma cantinela.

-Quiero más bizcochos-, dijo Rosa al llegar.

-¡Qué pena! Ya se nos han terminado.

-Pues si no me dais más no os dejo estar sentadas en el banco que es mío, y la mesa y los sillones, todo es mío, me lo trajo mi Juan de Londres.

- Por Dios, Rosa, no te pongas así. Te prometo que el próximo día te traigo una bolsa para ti sola. Oye, enséñame a hacer esa gimnasia que tú sabes.

Rosa se conformó con esas palabras e hizo algún simulacro de flexión que el resto de sus compañeras admiró sin reservas.

La nueva volvió a explicar que estaba esperando a su madre para irse con ella, lo que hizo recordar algo a Lolita.

-¡Qué niña tan guapa!,-exclamó dirigiéndose a Elena-. Después, bajando la voz y cómo en secreto, le preguntó: -¿Tienes tú la llave de la puerta de salida?

-No, no la tengo. Para entrar nos ha abierto una empleada-, contestó Elena sonriendo.

-¡Qué pena! Es que queríamos darnos un paseíto-, explicó desilusionada, Lolita.

De pronto comenzó a refrescar y Elena sugirió: “Debíamos irnos ya, antes de que se haga más tarde”. Se volvió y besó una y otra vez a su abuela que había estado callada todo el rato, sentada a nuestro lado.

-¡Hala, arriba, abuela!- dijo ayudándola a incorporarse- Ya tenemos que entrar pues aquí tendrás frío dentro de nada.

Agarrada a nuestros brazos se puso con dificultad en movimiento y, lentamente, nos dirigimos a la casa, lugar donde yo procuraba estar el menor tiempo posible. Allí todavía algunos ancianos podían jugar al dominó o al parchís, hablar de sus cosas, ver la televisión o disfrutar de una visita. Los más enfermos habían perdido memoria e identidad y permanecían impasibles. El tiempo se había detenido para ellos; no tenían ni ayer ni mañana, y hasta el hoy, e incluso el ahora, se desvanecía de sus mentes con facilidad.

Cuando acomodamos a la abuela en su sillón, empezaron los adioses:

-Adiós, mamá, hasta el sábado.

-Adiós, adiós, abuela, dame otro besito.

Ella nos miraba confusa e intrigada, haciendo esfuerzos por comprender, pero sus pupilas brillaban ante las muestras de cariño.

Oprimido el pecho por un sentimiento mezcla de remordimiento y resignación ante lo inevitable, salimos de la casa. Ante la puerta del jardín esperaba Paquita dispuesta a abrirnos; se acercaron Rosa, Lolita y la nueva a despedirnos.

-Adiós, hasta la próxima semana.

-Señora, señora –dijo la nueva- gracias por venir; vuelva cuando quiera, ésta es su casa.

-Lo sé, lo sé, querida; si Dios no lo remedia.

María Rosario Mohinelo

Soneto a la Gripe

Hasta la piel me duele cuando pasas
y entras en este cuerpo desastroso
que más que un simple cuerpo, hoy es un poso,
de lo que antaño fue si tú me abrasas.

Y con tu fina lanza me traspasas
y el moco se me vuelve mas viscoso,
y la saliva, virus venenoso,
y la cabeza, hollejos de las pasas.

¡Ay fiebre! que me tienes moribunda,
y el termómetro sube a carcajadas
y sueño que Dios viene a mi vereda.

¡Ay gripe! malhechora y tan fecunda
que la tos me atraviesa y hago arcadas,
y acabo siendo, sólo polvareda.

Lucía Espín

(de Paul Celan)

Y en la compulsión de luz

de tu timbre, amasijo de letras, concentrado
el Mar estentóreo bramó, cual Isolda
inquiriendo y enmudeciendo, detrás de los ojos,
las clámides sonoras,
de un sufijo supino de un crepúsculo rosáceo
de cristales prófugos y calientes.
Casi, diría yo, que fuera
una negra pócima ardiente
en huesos hospitalarios de una fosa común.

Y en la Santa Cruz,
que me claven
pero en la frente, el clavo frío de la muerte
y partan mi cráneo en dos,
como el melón que a destajo devoran los chiquillos.
Pues no es más dulce
el ocre por ser ocre.
Ni es más puro Dios
por ser Dios.

Inma Méndez/Alféizar

Pueblos

I

Pueblos de remota memoria
esculpen pétalos en mi lengua
y canto galopes pueblos
y siento pueblos veleros
navegándome en la hondura.
Pueblos surcos, pueblos campos
roturándose en el boscaje
de mi más puro sentimiento.
¡Ah, Gloriosa estirpe me sueño!
gallarda de tanta bastardía
de tanto bullir de pueblos en el alma
de esta sangre que es mixtura
de amores celtas e íberos
marinera de griegos y fenicios
romana y goda de feudos
crisol de moros, atanor de judíos.

Pueblos me cincelaron entera
sustancia viva de mi puebla honra.
Pueblos huertos, pueblos catedrales
pueblos siembras, pueblos pulsos
pueblos benditos que han amasado
mis huesos y mi carne.

Yo soy este pueblo alegre y bravo
este Finisterre de ríos orientales
esta confluencia de arterias primordiales
este útero del viento estepario
este vivir en los gritos guerreros
este revuelo de pájaros negros y blancos.
Yo soy la Madre y el Padre aventureros
y he partido ¡ah, cuánta osadía!
a poblar los tiempos de occidente.
He bogado con las velas henchidas
para esparcir simientes
en pueblos orillas, pueblos continentes.

Repican en mi lomo de gacela
pueblos negros de la Negritud más mía
y en mis raíces reposan pueblos aceituna.
En la voz, fontana inquieta, burbujean
pueblos risa, pueblos llanto
y cabalgando en las sienes
un tropel de pueblos búfalo se agolpa
con pueblos jaguar, pueblos luna.
En el pecho me palpitan
misteriosos pueblos gualdos
pueblos Templo, pueblos Pirámide.

Criolla soy, cosecha de esta Tierra
preñada de locuras y dolores.

Quiero memorar el tránsito carmesí
de mil pueblos que fueron
en la océana llanura de la piel.
Y clamar un alarido al fin inmaculado
de pueblos verde cocodrilo.
Un fragor de pueblos invencibles
me devora y me rinde
me transporta, me guía, me diluye.
Quiero coronarme con esmeraldas pueblos
con pueblos diamante.
Quiero reír en el pozo pueblo
agujero negro de mi vientre
y acunar en mi seno
pueblos brocales, pueblos serpiente.

II

Si me alcanzara la palabra
sabrías Humanidad que este canto pueblo
es un Amor inmenso
y mi corazón, incontenible pueblo
estallaría en rubíes encendidos
salpicando de luces la Galaxia puebla
seminando huellas estelares
en todas las pueblas razas de la Tierra.
Porque no puedo cargar sola
tan dolor pueblo, tan puebla grandeza
pueblos tambores, caballos pueblos
de mi garganta cantora, salid a pacer tormentas.

Pueblos fuego, pueblos agua
me lamen las heridas y las sombras
porque mi puebla lengua quiere reunir
nómadas pueblos, pueblos estrella.
Y no me alcanzan los labios poetas
a decir Humanidad y digo simplemente
pueblos tempestad, pueblos ángulos
de las planicies extremas de mi Alma.
Pues soy rapsoda
acaso me atreveré a desmigar mis huesos
sobre la faz de esta puebla Tierra
y dejar que pueblos potro, pueblos león
recorran trashumando la oblación de mi cuerpo
y me devoren enteramente puebla
eternamente puebla.

Pueblos rojos, pueblos cataclismo
bulléndome dentro.
Una digestión de pueblos golondrina
picoteándome
picoteándome el alma.
Pétalos pueblos manando
en mi ombligo diminuto.
Pueblos orquídea, pueblos Himalaya
fundiéndose en los ojos.
Vedlos danzar en las llanuras pueblas
de estas pequeñas manos.
Efímera soy como la Muerte
y me brotan pueblos capiteles del cartílago.

¡Ah, pueblos antepasados!, para cantaros
extraigo de las cavernas de mi pecho
arrebato de campanas y de lágrimas
y un tañido de pueblos hijos en las células.
Allí donde dormitáis pueblos tatarabuelos
amaneced a los címbalos de esta laringe poeta
surcando, cual veleros gloriosos
los avernos más profundos de mi sangre
y proferid los salmos de la victoria eterna.
Inmoladme en los altares de la Vida
inmoladme en los fuegos del Destino
pueblos estirpe, nobles pueblos.

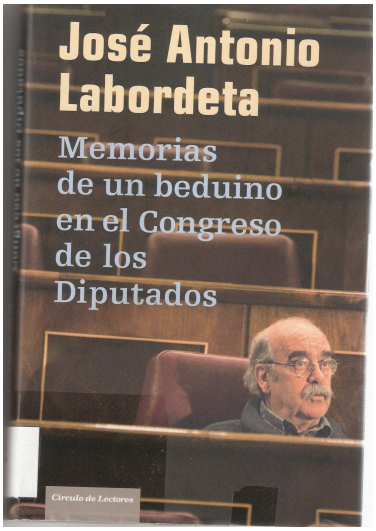
¡Ah, pueblos ancestrales!, para invocaros
agito los oscuros tremedales del recuerdo
triturando ánforas de pasiones y de muerte
campos de espanto y abatidos torreones.
Allí donde habitáis en las llanuras de mi mente
sed mis diademas de laureles
hibiscos pueblos, pueblos bajeles.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

LAS CORTES EN LA MOCHILLA

Memorias de un beduino en el Congreso de los Diputados
Ediciones B, Madrid, 2009
240 páginas, 20 euros

La práctica constatación de la posibilidad de sobrevivir a dos legislaturas, como diputado de un grupo minoritario de las Cortes Españolas, sin aparente mudanza ni deterioro, aunque uno haya sido previamente profesor de bachillerato, antifranquista confeso, descubridor de rincones de un país irredento y ejercido otras variadas y múltiples actividades, se comprueba tras la lectura de este libro al que nos atrevemos a calificar de ameno y divertido.



El título ya anticipa el nombre del personaje, en el que se desdobla el autor y protagonista, que no es otro, obviamente, que José Antonio Labordeta, y los diálogos entre el imaginado beduino y el diputado de la Chunta Aragonesista, constituyendo así el entramado que hace posibles las desenfadadas y desinhibidas reflexiones del exótico y peculiar invitado a la sede de la soberanía popular, ya que el diputado de la minoría aragonesista ha de mantener la seriedad y compostura que corresponde a su señoría.

Aunque, ciertamente, en ocasiones, el alter ego del circunspecto diputado se exalta y suplanta al morigerado aragonés, tal como sucedió en las últimas horas de una tarde dura y cruda que el memorialista ubica entre el 5 de febrero y el 18 de marzo de 2003, en plena efervescencia política ante la invasión norteamericana de Irak, cuando el cantautor, irritado por los murmullos de los diputados del Partido Popular que trataban de desconcertarlo, les espetó: “Ahora les fastidia que vengamos aquí a poder hablar las gentes que hemos estado torturados por la dictadura. Eso es lo que les jode a ustedes, coño, y es vedad, joder. A la mierda”. Intervención que, aunque como él mismo reconoció, “no fue una pieza de oratoria perfecta”, sí estamos convencidos de que pasará a la historia del parlamentarismo español.

José Antonio Labordeta relata el variado transcurrir durante los ocho años en los que, gracias a los votos de sus paisanos, ocupó el escaño que correspondía a la Chunta Aragonesista, iniciándose cada una de sus partes con la curiosa descripción de ambas campañas electorales. En ellas, con el gracejo y buen humor que impregnan todo el texto, da cuenta de las andanzas en busca del voto y de las argucias y estrategias que fueron precisas para su consecución, así reseña un popular, enternecedor y original pareado que incitaba a elegir la papeleta de la Chunta y decía “Vota al poeta, vota al Labordeta”, afirmando, como desengañada constatación, que, en ocasiones, la nutrida asistencia a los mítines no fue anticipo de unos resultados electorales satisfactorios, aunque, al menos, los esfuerzos propagandísticos se veían compensado por cenas dignísimas.

Tras trasmitirnos su deslumbramiento ante el lujo y boato que encuentra en el Palacio de las Cortes, nos narra su protocolaria visita a Don Juan Carlos, con cuyo retrato inicia toda una serie de certeras descripciones de los personajes con los que coincide, sin ocultar sus filias y sus fobias más allá de sus posiciones políticas, bien es cierto que sobre el rey no incluye ninguna opinión, aunque no deja de ridiculizar las protocolarias convenciones sociales que este trámite exigía a los visitantes, entre las

que reseña ir vestido con traje y corbata. De tal modo que, que ante su deslumbrante aspecto, el beduino llega a decirle “estás hecho un figurín”.

Desde su posicionamiento de nacionalismo progresista y de izquierdas, sin empacho alguno nos informa de su voto contrario, como no podía ser de otra manera, al candidato del Partido Popular, Don José María Aznar, al que denomina “Alguien con un bigotito chaplinesco”. El que fuera investido como presidente, aunque no contase con el voto de la Chunta, correspondió durante toda la legislatura a los sentimientos y valoraciones negativas del diputado aragonesista, con cuyo grupo, tal como se refleja en la anécdota que hemos relatado sobre su desinhibida manera de hablar, se las tuvo tiesas y nunca coincidió, resultando especialmente virulentos los enfrentamientos ocasionados en el debate del denominado Plan Hidrológico Nacional, proyecto estrella de la denominada derecha, que al propugnar el trasvase de las aguas del Ebro, contó con su frontal oposición, y, gracias a las interpretaciones interesadas y totalmente descalificatorias con los argumentos del diputado argonesista lograron convertirlo en el enemigo público número uno de los partidarios del Partido Popular y, sobre todo de sus correligionarios de Levante.

No son menos virulentas y estentóreas las confrontaciones con motivo de la posición del gobierno en relación con la intervención norteamericana en Irak, con ocasión de la cual, el que ya había sido denominado poeta en la propaganda electoral, leyó en la tribuna unos versos de su hermano, Miguel Labordeta, que ante las amenazas de confrontación bélica que se cernían sobre la humanidad en los años cincuenta, concluía presagiando la aparición de “Una raza de hombres con puñales de amor inverosímil” que partieran hacía “Otras aventuras más hermosas”. Ante tan sentidas palabras, el memorialista no puede menos que constatar que el presidente “permaneció impasible, como si no fuesen con él”.

Tras comentar y analizar las manipulaciones y trapisondas de los diputados, a los que el Conde de Romanones calificó despectivamente como tropa, el intérprete de jotas aragonesas llega a la conclusión que “la política es una madrastra sin entrañas”.

La segunda legislatura se inició con una mejor disposición en relación con el Partido Socialista que, tras su victoria electoral, propuso como presidente a su candidato, con el que el diputado y su alter ego tienen un mayor número de coincidencias y complicidades, que le condujeron a votar positivamente su moción de investidura.

Desde su iniciación, la nueva mayoría hubo de hacer frente al acoso del partido perdedor que en la comisión parlamentaria destinada a investigar el atentado del 11 de marzo, por la que pasaron los encargados de la seguridad en los días de aquel criminal suceso que intentaron, sin éxito involucrar a la ETA y sobre todo demostrar que tan inicua acción no había sido planificada ni ejecutada por el denominado terrorismo islamista. Las comparecencias de los dirigentes del Ministerio del Interior, del fiscal general del Estado y del presidente Aznar dieron lugar a confusas explicaciones que, a juicio del memorialista, no fueron capaces de traspasar las responsabilidades que por acción u omisión les correspondían dada su ausencia de previsión y su política informativa en aquellas aciagas horas.

Como ejemplo de una casi total coincidencia con los proyectos gubernamentales y de decidido apoyo a sus propósitos pueden citarse sus intervenciones sobre el proyecto de la ley conocida como de Recuperación de la memoria histórica que evocaba sus recuerdos y convicciones antifranquistas.

No obstante, aunque quizá con menor intensidad que en su primera legislatura, en ésta no faltaron tampoco las divergencias sobre todo ante las cesiones que el grupo socialista realizó frente a las presiones de la derecha, como sucedió en el caso de la Ley General de Educación, que de tan descafeinada como resultó, dio lugar a su abstención.

Refiere asimismo sus incursiones en tertulias radiofónicas y televisivas, dejándonos perspicaces retratos de los contertulios con los que compartía debates y comentarios sobre la actualidad.

Finaliza estas divertidas e instructivas páginas dándonos cuenta de la obtención, por parte del autor de este libro, del premio otorgado por periodistas como recompensa y distinción por su buen trato con la prensa que fue compartido con Agustí Cerdá, de Ezquerra Republicana, transcribiendo la jota que interpretó en el acto de entrega del galardón y que decía:

De los que se van del corro
allá va la despedida.
De los que se van del corro,
aquí se quedan los guapos
y nos marchamos los buenos.

Y sí, bueno en verdad es José Antonio Labordeta y gracias a esa ingénita bondad pudo resistir sin romperse ni mancharse los ocho años que soportó en el Congreso, sin acatar la disciplina partidaria e ignorando lo políticamente correcto.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, nº 2. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ─ ALICANTE.
PAPELERIA AMORÓS. C/ Foguerer, nº 3. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) ─ (S. Vicente Raspeig) ─ ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) ─ MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) ─ MURCIA.
PRENSA TÓMBOLA. C/Virgen de los lirios, 6 - ALICANTE
KIOSKO DE PRENSA. Avda. de Novelda, 96 – ALICANTE
LIBRERÍA RAÍCES. C/Álvarez Sereix, 11 – ALICANTE
LIBRERÍA CRISNA. C/Sirio, 17 - ALICANTE